

Olide Márquez

El falso yo





El falso yo

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2026

© Olide Márquez Vargas

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV
Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección
Alejandro Moreno

Diagramación
Arturo Mariño

Diseño e ilustración de portada
Ámbar Hernández

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5924-8
Depósito legal: DC2026000320

Olide Márquez

El falso yo

Desde lo alto del cerro, en el rancho donde crecieron, lograban contemplar la ciudad a través de aquella ventana de madera carcomida. Desde allí, vislumbraban una ciudad despierta, vibrante, que en las noches se iluminaba con luces. Durante el invierno, era motivo de entretenimiento para ellos ver los carros circulando lentamente cuando la lluvia mojaba las calles asfaltadas.

Los edificios, abajo parecían oscilar imperceptiblemente. El sonido de las cornetas apenas se apreciaba en la cumbre. El cielo, envuelto en nubes de algodón con un matiz grisáceo, dejaba asomar el tenue anochecer.

Miguel Ángel aspiró el aire frío, con olor a humedad. Sonrió.

Un dejo de amargura pinceló sus labios. Eran muchos recuerdos buenos y malos. Pensaba en ese sentido maléfico que lo unió con su hermano, que curiosamente se hizo cada vez más fuerte. Con el pulgar derecho, recorrió el vidrio húmedo del ventanal, ahora enmarcado en metal; después extendió la mano como lo hacía con David cuando eran niños para sentir las gotas de lluvia que caían como pequeños cristales.

Afuera un bombillo parpadeaba solitario, desde lo alto de un poste. Las casas se mostraban como inertes manchas oscuras, algunas con una tenue y amarillenta luz que se asomaba por las ventanas.

Cuando cesó la lluvia, con una mirada profunda y triste se despidió de la fría y solitaria vivienda. Silencioso cerró la puerta, tiró la llave y caminó despacio por la calle mojada, pisoteó el barro dejando las huellas de sus zapatos nuevos. Avanzó luego con paso firme. Se detuvo y contempló la ciudad hundida en la noche, entre avisos luminosos de colores. En su mente se asomaba el rostro de David que mostraba odio. Disipó fugazmente el dolor de la despedida.

Aquellas últimas semanas se había ensombrecido su humor a fuerza de los malos ratos vividos en tanta baja. La actitud y acciones de su hermano gemelo lo había entristecido mucho. Una sensación de soledad lo invadía, aunque otras realidades lo conmovían y reconfortaban su corazón.

La verdad, es que había vivido un juego muy peligroso, pudo salir de eso con aplomo, decisión y que un poco de suerte lo favoreció

El placer de saberse libre comunicaba a su espíritu una embriaguez de frescura muy dulce. Prosiguió su camino hasta que el barrio “La Silsa” que flotaba ante sus ojos desapareció.

Vivieron allí, desde que sus padres los trajeron de la maternidad.

Ellos, muy orgullosos de sus pequeños, subieron el cerro, la madre los llevaban en sus brazos, envueltos en una manta azul, donde asomaban sus perfiles. Aquellos chiquitos, ensanchaban de amor y orgullo sus corazones. A medida que pasaban frente a las casas, salían las mujeres a saludarlos. Cosette contestaba alegre, tratando de esconder su orgullo dignamente.

Los mostraban a los vecinos con esa alegría embriagadora con olor a amor fraternal envuelto en la pureza de sus ilusiones. Reían ante el asombro de quienes los veían. ¡Morochos! ¡Qué bellos! ¡Idénticos! Exclamaban todos al verlos. Una de las vecinas les regaló un pollo y unos huevos, porque la recién parida, debe alimentarse mucho, son dos...

Vanidosos, continuaron caminando, despacio, muy despacio para no despertarlos. Ella sentía que muchos ojos la miraban, entonces trataba de cubrir a sus niños de aquellas miradas ocultas y los apretaba a su pecho. Había oído hablar del mal de ojo y le temía. Sin embargo, a pesar de todo, los gemelos se criaron muy robustos y sanos.

Rodeados por los gritos de bienvenida llegaron a su casa.

—Fue como si estuviéramos desfilando— dijo Cosette al entrar

—Son buena gente y sencillos, fíjate nos recibieron con alegría, hasta parecía que el barrio estaba de fiesta— dijo Joaquín.

Así fue, entre bendiciones y miradas silenciadas una luz tenue los recibió casi al mediodía. Una bandada de palomas, frente a la casa levantó vuelo, fue como si muchos ángeles bajaran del cielo para dar la bienvenida a los chiquitos. El aire lleno de humedad, permitía ver los árboles de la montaña tan claros como si se vieran a través de un cristal.

Un cuarto limpio fue preparado para ellos, un cuarto donde se sentía el perfume que dejan las cremas y el talco para niños, un olor a bebé que se esparcía durante todo el día.

Colocaba cada niño en sus brazos para amamantarlos. Ambos tomaban el pezón rápidamente. Cuando terminaban se abotonaba el vestido, colocaba uno sobre sus piernas, el otro sobre el hombro para palmearlos de modo que eructaran. Sola se hizo madre, sola fue aprendiendo a lidiar con los dos. Así como la mayoría de las mujeres.

La alegría y la ilusión, que llenaba los corazones de la pareja, forjaron el recuerdo de aquella noche en que se conocieron.

Joaquín Landa, era aún joven cuando murió, víctima de un asalto. Él, un hombre honesto, responsable, llevaba el sustento diario a la casa, la bombona de gas, que se montaba en el hombro y después de caminar un largo trecho, por aquel camino polvoriento, o para acortar camino, subía las empinadas y rústicas escaleras de tierra;

al llegar al rancho la descargaba con sumo cuidado para después instalarla. Abrazaba a los pequeños gemelos, de quien estaba muy orgulloso, luego besaba a la tierna madre, quien, se consideraba feliz a pesar de sus penurias y la soledad del día.

Ella, Cosette Álvarez, la esposa, una mujer sufrida y abnegada, como la mayoría de las madres que viven en los cerros. Sumida en la pobreza, resignada, no pudo desviar ese duro camino.

El amor de Joaquín Landa, fue tan grande que le permitió soportar esa vida de trabajo y privaciones a la que difícilmente pudo acostumbrarse.

Fueron momentos felices. Ella nunca pasaba a su lado, sin que él extendiera su mano para acariciarla, ella siempre lo veía con una sonrisa que la hacía feliz. Parecía que él no dormía por completo, porque a cualquier hora de la noche, que ella se despertaba y extendía la mano buscándolo, enseguida él la abrazaba.

Fue una niña consentida, sus padres, aunque no eran ricos, tenían ciertos recursos económicos producto de sus profesiones y pudieron complacer a Cosette, dándole lo que bien podían: trajes, paseos, estudios y hasta una gran fiesta para celebrar sus quince años.

Precisamente en esa festividad conoció al muchacho, quien se desempeñaba como mesonero de una agencia de festejos.

Fue una locura aquel amor. Como esos amores fulminantes, que llaman flechazo o amor a primera vista. Lo mejor que encontró Cosette, junto a Joaquín, fue ese amor, esa entrega, que le hizo dejar atrás todo. Fue una historia tan romántica que ni Corín Tellado habría podido imaginarla en una de sus novelas.

Afortunadamente Joaquín era un joven de principios, de haber caído en manos de un inescrupuloso y libertino, la chica hubiese estado en peligro, pero hay naturaleza generosa que se entrega completamente y eso había sucedido entre ellos.

Su noviazgo les hizo vivir un estado de felicidad, algo como un deslumbramiento, sus palabras, sus murmullos. Ese sentir era como la melodía que sale del alma.

En cada encuentro, Cosette decía que lo amaba más que ayer, que quería vivir a su lado... Y un día sucedió.

Abandonó la casa de sus padres, con todas sus comodidades para estar con él. No volvió con ellos, sabiendo que era menor de edad temía que la separaran de su amado.

Así, se quedó a vivir en la miserable casucha, en aquel barrio con sus calles de tierra y sus callejones ahogados de basura. Callejones que, en la noche, velados por la oscuridad, guardaban escenas de amores apasionados como también la perturbada acción de un malvado ladrón, vértigos de una visión de aquel mundo para olvidar.

La muchacha pasó mil penurias en aquel rancho donde no había agua y debía buscarla en la pila. Largas colas de mujeres viejas, embarazadas; niños llevaban sus tobos y sus latas para abastecerse del valioso líquido. Discusiones, comentarios surgían; siempre había alguien que quería ser más vivo y arribaba su lata o la adelantaba para colearse, lo que generaba pequeñas disputas.

Para evitar que Cosette tuviera esa experiencia desagradable, Joaquín, un día, tomó un metro y midió la distancia desde su casa a la pila, anotó en un papel y se fue a la ferretería. Compró la cantidad de metros de manguera y ya ella no tuvo que volver a aquel lugar a buscar agua. Entonces él, se levantaba a las tres de la mañana, hora en que la pila estaba sola; instalaba la manguera y llenaba los pipotes de su humilde vivienda.

Cuando él veía aquel retrato la evocaba con aquel traje rosado pastel, su falda de pliegues elegantes que llegaba hasta el suelo y al bailar el vals con su padre parecía barrerlo trazando círculos al compás de la música. Bailaba muy bien, con soltura. Todos la observaban. La cara del señor resplandecía de orgullo.

Estuvieron saliendo durante siete meses aproximadamente. Un sábado, sabiendo que Cosette había ido al litoral con su mamá, una tía y las primas, Joaquín se presentó ante el padre de su novia con la intención de hablar y pedir en matrimonio a la chica.

El señor lo hizo pasar a la sala de paredes empapeladas con un fino papel de arabescos dorados por un momento se sintió cohibido; las alfombras, los muebles, todo lo hizo sentir insignificante y hasta con ganas de correr. En ese momento, la voz del padre de Cosette rompió su temerosa abstracción.

—¿Quién es usted joven?

Por un momento no supo que decir, todo lo que había pensado se esfumo de su mente.

El padre de Cosette lo miraba fijamente.

—Yo soy Joaquín Méndez —dijo algo nervioso— Quizás no me recuerde, soy uno de los mesoneros que estuvo trabajando en la fiesta de los quince años de su hija.

—¿De veras? Si mal no recuerdo, a todo el personal contratado se les canceló su servicio.

—Es que no vine por eso, tengo algo que decirle.

—¿Qué más tiene que decirme, además de su nombre?

—Pues, pues simplemente pedirle la mano de su hija— Creí que le iba a dar algo, su cara enrojeció. — ¿Nada más que eso joven? ¿Le parece poco? — Después de un pesado silencio le señaló la puerta y dijo: — ¡Fuera, insolente, atrevido!... ¡Salga de mi casa!

El aire de suprema superioridad de aquel hombre lo alejó para siempre.

Una mañana cualquiera, se presentó al barrio una cuadrilla de hombres con el propósito de abrir zanjas para instalar las tuberías que llevarían el agua directo a las casas. Alguno de aquellos políticos, que visitaban el barrio en busca de votos, cumplía una de sus múltiples promesas. Esto fue bueno para la comunidad y en especial para la

joven pareja que podía alargar más su descanso. La pobreza de ellos no era pobreza porque tenían su fuerza, su dinamismo, su amor, sus deseos de vivir, aún en el ahogo de la miseria; sentimientos y situaciones que al conjugarse hasta podían ser envidiados por otros con mejores condiciones económicas. Él tenía un trabajo durante la semana que apenas alcanzaba para cubrir las necesidades básicas. Llevaron una vida dura; pero eran felices. Entonces decidió trabajar como avance en guardias nocturnas en una línea de taxi. Conducir aquel auto, lo hacía sentirse libre. Sus pensamientos, sus deseos y sueños flotaban en el aire y a velocidad máxima.

Sucedió en una noche oscura, de lluvia. Entre las ramas de los árboles, zumbaba el viento, se sentía una inquietud que no era profunda, las hojas se movían. Pasos cautelosos, porque había un hálito de temor en la adormecida arboleda. Él estaba solo esperando su turno, minutos atrás salió su compañero. Los asaltantes, no tuvieron compasión, lo sacaron del carro y le dispararon brutalmente. Tendido, sangrando sobre el pavimento con varios impactos de bala quedó Joaquín Méndez, muriendo junto con sus ilusiones, su alegría, su orgullo de padre y su amor por Cosette. Decía Cosette, que nacieron un catorce de octubre en la maternidad Concepción Palacios, a eso de las tres de la madrugada, porque había un reloj redondo, con los números grandes y ella vio la hora cuando la llevaron a sala de parto. Eran muy sanos, cuando los pudo ver ambos lloraban en brazos de unas enfermeras, vestidas de blanco, con una sonrisa tan abierta que dejaban ver los dientes tan blancos como sus ropas; mientras el Doctor, con una resaltante sonrisa dijo: “¡Gemelos! dos varones señora”. Y ella observó su sonrisa con dientes sanos y le agradó. No sabía por qué motivo, tenía obsesión por los dientes, particularmente se los cuidaba mucho. Joaquín, le decía que podía hacer un comercial para una crema dental.

Mucho tiempo después. Cosette, recordando al esposo, les contaba a sus hijos que, a pesar de la pobreza, sabiendo los gastos que acarrea un hijo, y en este caso, cuando supo que eran dos, Joaquín, recibió la noticia con mucha alegría. “Siempre lo recordaré, era un hombre cariñoso, muy tierno, con su forma de andar estirado y digno con aquel aire de gran personaje. Su seriedad, su carácter servicial, su afán de trabajo su sentido de responsabilidad, lo hacían sobresalir en la comunidad.” Lo decía aún muy afectada.

Sentía verdadera pasión por sus hijos, se esmeraba en cuidarlos. A veces manifestaba una exagerada ternura. A pesar de su juventud y las privaciones económicas, se mostraba orgullosa, y consciente de la importancia que da ser madre de gemelos.

Cuando vino por primera vez al barrio, subiendo por aquel camino empinado le pareció tan deprimente con los ranchos de cartón, techos de zinc, las aguas sucias pasaban por las calles de tierra con sus malos olores. Un espectáculo de miseria dormida. Joaquín, le señaló el rancho

—Está será nuestra residencia.

Casi oscurecía, y apenas pudo percibir detalles. Ella miro en aquella dirección, pero su mente, en ese instante, sin orden, solo pensó en aquella noche de la fiesta de su cumpleaños, con su vestido color rosa, adornado con piedras brillantes. Esa noche maravillosa de sueños, de ilusiones. Esa noche en que apareció su príncipe pobre.

Salió la luna y el ambiente se llenó con su luz azulada, mientras el viento despertaba de un letargo.

Ya instalada en la vivienda, sacó de su bolso la fotografía donde ella aparecía con todo el esplendor de sus cortos años, sonriendo al lado de sus padres. La colocó sobre una mesa, al lado de un viejo radio, donde permaneció durante años. Días más tarde Joaquín la midió, le hizo un marco de madera, y un día al regresar del trabajo trajo un vidrio que calzó al cuadro. Ese fue el único recuerdo material

que guardaba de sus padres y de aquella fecha tan importante para su vida.

Los gemelos crecieron viendo aquel retrato donde aparecían los elegantes y desconocidos abuelos junto a su madre.

Aquella su primera noche en el rancho los enamorados, cenaron con pan, huevos fritos y jamón. Cuando ella, fue a servir sobre aquel mugriento mantel, se estremeció y pensó que lo lavaría. Al siguiente día, fue lo primero que hizo.

Se sentía tan cansada, y Joaquín la llevó a la habitación, sencilla y limpia. Él, le pasó el brazo por la espalda. “Aquí estaremos bien, un buen descanso, mañana podrás ver la casa mejor, no es grande, ni es un palacio como ves, es la casa que fue de mis padres poco a poco la iremos arreglando, le haremos las mejoras necesarias, bueno... tampoco vamos a vivir aquí siempre...”

Ella se estremeció, no supo si fue por el frío o al pensar en vivir allí.

Se acomodó sobre el colchón, cubierto con una sábana limpia, las paredes de madera de pino resquebrajadas, con hendidias que permitían cuidadosamente mirar afuera. Se escuchaban risotadas de mujeres, conversaciones y discusiones que se extendían penosamente bajo la ventana. Se encontraba tan cansada que pudo adormecerse. La despertó un violento tiroteo, seguido de los gritos de las mujeres que antes reían.

Tuvo miedo, la sangre se le paralizó. Joaquín, estaba profundamente dormido, apenas se movió. Ella temblaba, pero no lo quiso despertar. Ya calmada, se armó de valor e intento mirar por las hendidias, no vio nada; solo la calle oscura y desierta del callejón que conducía hacia la pila. Abrió un poco la ventana, el viento helado chocó con su cara. Apenas se escuchaba el murmullo quejumbroso del agua al caer rompiendo el silencio de la larga noche, al parecer ante el tiroteo alguien dejó el grifo abierto.

Con cuidado cerró la ventana. Una inexpresable congoja, se apoderó de su cuerpo, quizás añorando la tranquila paz de su cama allá en casa de sus padres.

Al despertar Joaquín, la vio sentada en la cama, los ojos negros ressaltaban en el semblante pálido. Se acercó para abrazarla, lo esquivó.

— Apenas amanezca me marchó, vuelvo a casa, ¿Me oyes? — Y le contó el miedo que sintió, ante lo que oyó.

—Entonces, ¿Me dejas? — le dijo con tono triste.

—Bueno...— una leve vacilación

—Cariño aquí suceden esas cosas con frecuencia— Respondió él, estrechándola en sus brazos. Intentaba darle coraje con sus palabras, lo que reforzaba su temor porque le hacía pensar en el peligro, un peligro real y Joaquín se lo decía como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Sin embargo, no sucedió nada, tres meses después la gente del barrio le resultaba sencilla y simpática, sobre todo cuando se detenían para saludarla.

Los terrores de aquella noche se desvanecieron por encanto, ante las caricias del muchacho. Durmió plácidamente, cuando despertó, el olor penetrante del café llegaba a la habitación, mientras la voz vibrante y dulzona de su marido entonaba una romántica canción que la estremeció y la hizo sonreír. Por un momento, tuvo la ilusión de que se encontraba de nuevo en su cama, en la casa de sus padres.

Él entró a la habitación, llevando una taza de humeante café. Acarició sus cabellos y besó sus mejillas. Después le pidió que durmiera, le dejaba agua en un tobo para bañarse y un pedazo de pan con queso para desayunar. Él, se marcharía a trabajar. Ese fue el comienzo de su vida en el barrio.

En secreto, sintió terror al abandonar a sus padres, la casa donde creció, su hogar, donde estaba asegurada la comodidad, los amigos. Hasta la vigilante mirada de su madre, con su tiranía, tenía una cualidad protectora y ahora de esa tranquila existencia, encontrarse

allí, en este nuevo mundo; ante lo desconocido se sentía embargada de temores y dudas. ¿Y sí Joaquín un día me deja?

Una sensación de libertad y un terrible remordimiento la inquietó en aquel momento. Entonces se detuvo y en su mente, recorrió por última vez aquella casa donde vivió con sus padres hasta hace poco; y que a través de sus lágrimas parecía esfumarse como en una vieja fotografía.

Allá al lado de su retrato, les dejó una carta donde pedía perdón diciendo que se iba por su propia voluntad.

Era increíble como Cosette, se había adaptado al ambiente en el cual se movía ahora; sin embargo, era comprensible, si se consideraba su naturaleza joven, su sentido de adaptación y su enamoramiento.

Él había entrado en su existencia como una adicción en su vida. Todo lo aceptaba y hasta podría decirse que disfrutaba su papel de esposa con una ingenuidad que la hacía encantadora. Esa sencillez dulcificaba su espíritu. Ya nada escandalizaba su mente pura y abierta.

Cuando salían Cosette pudo notar que la mayoría de las personas conocían a Joaquín y lo saludaban con cariño y respeto. Él, orgulloso la presentaba como su esposa. En aquel mundo sórdido, crudo, apasionado y cruel se dio cuenta que había hombres que no hacían nada; permanecían sentados en grupos en alguna esquina o frente a las puertas de sus casas. Ella ignoraba que muchos de estos eran vulgares parásitos mantenidos por sus mujeres; también supo que algunos bajaban a la ciudad a robar y asaltaban a humildes trabajadores.

Miraba con tristeza aquellas personas que vivían en el cerro, algunas en completa miseria, a menudo usaban un vocabulario obsceno, no se conocían sus nombres, generalmente encubiertos por apodos. Los ranchos que les servían de vivienda, tenían los pisos de tierra. Muchos dormían en el suelo. Comían poco y sus ropas

apenas los abrigaban. Las niñas cubiertas por la inocencia, no iban a la escuela. La vida en aquel lugar se encargaba de enseñarlas a ser mujeres y madres a temprana edad. Los jóvenes rudos e indolentes desafiaban la muerte, bajaban por aquel camino de tierra en busca de trabajo o en busca de víctimas para robar. Con sus fechorías amortajaban sus ilusiones, sus deseos de poder y sus ambiciones.

La riqueza mal distribuida fue permitiendo la construcción de ranchos insalubres, que se multiplicaban con la población, se extendía a medida que la emigración de las regiones del interior se concentraba en la ciudad, buscando otra forma de vivir, con salarios que les hacían pensar que podían estar mejor que allá, en las tierras que forzosamente cultivaban; aún sin pertenecerles. Explotados como habían sido lo dejaron todo, pensando que la ciudad los recibía festivamente y que todo comienzo es difícil; pero termina con mejoras.

El barrio se fue haciendo grande. Muchas casas se extendían consumiendo el espacio.

En aquel cerro, que fue una zona montañosa, los árboles eran cada vez menos y los pocos que quedaban mostraban sus copas marchitas. El barrio crecía. Ahora los ranchos, alcanzaban la cima y se veían desde abajo en la avenida como montados unos, sobre otros con pequeñas ventanas que parecían los ojos tristes de la miseria; y en las noches el cerro lucía coronado de luces acumuladas en su extensión.

Caracas se hizo floreciente, pequeñas industrias fueron surgiendo para dar empleo a hombres y mujeres producto del llamado éxodo Campesino. Entre el trabajo duro del campo, sembrando, recogiendo la cosecha o arriando ganado por esos caminos polvorientos, bajo el sol abrasador ante esa capacidad de resistencia para que viniera la recluta y se los llevaba en filas como prisioneros para servir a la patria; los hombres abandonaban el campo para vivir oprimidos ante los opresores. Eran tantos los cuentos que se oían sobre la recluta

que los jóvenes le temían y al llegar a la capital vivían atemorizados, escondiéndose; pues solo los pobres prestaban servicio militar; aunque la ley lo mencionaba como servicio obligatorio, los hijos de “los ricos” no lo cumplían.

Los jóvenes reclutados, una vez que prestaban el servicio muchos no regresaban, o cuando volvían querían llevarse a los hermanos, a los padres contándoles lo bien que se vivía en la ciudad, aun cuando habitaban en barrios con ranchos insalubres, pero decían: “Caracas es Caracas, lo demás es monte y culebra”. Regresaban con ropas nuevas y comentaban que el salario semanal les permitía comprar cosas que el trabajo en el campo, no les consentía, a veces ni una muda de ropa anual... que había escuela, hospital mientras que en el campo nada.

Los viejos quedaban solos, sentados en una silla de cuero, contemplando el atardecer y en esa resignación se abandonaban a lo que sus fuerzas le permitían. Ya no tenían hijos que trabajaran sus tierras y el fiado se chupaba completo los jornales o las cosechas. Así caseríos hundidos en la desesperanza fueron abandonados y sus pobladores pasaron a formar parte de las barriadas populares de Caracas.

La gente subía apresurada, callados, encerrados en sí mismos, contemplando diariamente la basura, las aguas sucias, el barro que se formaba con la lluvia y que no permitía la travesía por algunos lugares.

El espectáculo de la calle solía turbarla y la llenaba de miedo, sobre todo los fines de semana cuando los hombres en estado de ebriedad, subían cantando o discutían hasta que se formaba una trifulca. Llena de angustia miraba por las hendidias; entonces volvía a la cama rápidamente, allí se arropaba con la sábana hasta sentirse protegida. Ese sería siempre para ella un mundo ajeno.

Transcurrieron los años. El barrio se fue transformando, los ranchos fueron cambiando sus fachadas, las planchas de cinc, los cartones dieron paso a las construcciones de bloques y cemento; se convirtieron en casas unas frisadas y pintadas de colores otras con bloque limpio; ya llegaba el agua a través de tuberías a las casas, con fallas constantes y a veces muy turbia.

Surgió la junta comunal del barrio, los vecinos que la integraban se dedicaron a trabajar buscando mejoras para la comunidad hasta que lograron comprometer a un conocido concejal a quien llamaban “El defensor de los pobres”.

Entrevistas con asambleístas e influyentes políticos hasta conseguir el auxilio para los desposeídos. Se tomaron las medidas precisas hasta lograr un sistema corriente de desagües y canalización de las aguas. Las escaleras de tierra fueron cementadas, más abajo la calle asfaltada, una pequeña escuela comenzó a construirse y un proyecto para construir una pequeña iglesia, que terminó funcionando en un salón de la escuela.

El alumbrado público se hizo presente. Las juntas de vecinos trabajaban continuamente para lograr las mejoras y en los periodos electorales, cuando surgían tantas promesas, alguna se lograba y la lucha seguía en favor de aquellos pobres. Una lucha en función material. El sentido humano y los valores disminuían.

Los poblados de viviendas humildes y ranchos crecieron por los cerros, los barrios se multiplicaban en diferentes zonas de Caracas; los hombres llegaban de diferentes lugares del interior del país; cavaban la tierra, colocaban cuatro horcones para levantar sus humildes viviendas. Todos luchaban por un pequeño pedazo de tierra. Caracas se hizo un hervidero con la gente que abandonó el campo para concentrarse en el lugar que consideraron como la tierra prometida.

Abajo, Una multitud de edificios y carros fluían por todos lados. Muchas de las viejas construcciones desaparecieron para dar paso a modernos centros comerciales, avenidas y autopistas.

Todo es diferente, la calle que lleva al mercado de Catia, antes silenciosa, ahora es un bullicio entre peatones y largas hileras de carros que parecen cabelleras de colores esparcidas en el intenso caos. Los edificios se muestran desiguales ante las viviendas aún conservadoras, de un estilo que parecen escapar del pasado. La plaza Pérez Bonalde, con ese peculiar encanto, durante el mes de mayo sus árboles se vestían de púrpura, con las bellas flores de las plantas de orquídeas que forran los troncos de sus árboles. Catia es bulliciosa, con una gran población que le da aire de gran ciudad.

Los pocos hospitales, que existían en la ciudad, apenas podían cubrir las enfermedades generadas por el hambre, la basura, la falta de agua potable y todas las condiciones agravantes, que, en este país, prodigiosamente rico por su fuente de petróleo, no debería tener tanta miseria; sin embargo, el gobierno no se ocupaba de lo que consideraba como “pequeños detalles”. Si, estos seres despectivamente llamados “Los tierrúos” aun sabiendo la importancia y lo indispensable de su trabajo en las construcciones, fábricas y hasta en sus propios hogares.

Solo en temporadas electorales, se constituían en seres primordiales, peldaños para lograr escalar la posición política conveniente. ¿Qué se podía hacer cuando los gobiernos de los estados descuidaban la zona interior, surgiendo la invasión de los cerros adyacentes a la capital?

Barrios nuevos, con casas de cartón surgían a lo largo de una calle, así sin planificación alguna. El desecho humano de cada nuevo barrio era más cruel. Los crímenes se hacían frecuentes. Era como si el tiempo se hubiera detenido para volver con su más sórdido semblante.

La desdicha de esta pobreza, era la primera visión que veían los emigrantes o turistas al salir del aeropuerto en La Guaira, hasta allí se había extendido la semilla del barrio, germinando en ranchos que bordean la autopista.

Ya lo decía una canción de Ali Primera: “Que triste vive mi gente en las casas de cartón”. No solo eran de cartón; era tanta la abundancia en el país, que las monedas eran de plata, y las propagandas electorales de latón, con la foto impresa, así se veían ranchos contruidos con esas propagandas.

Hubo una mujer, admiradora de un candidato, que las hacía bajar de lo alto de los postes para colocarlas en su sala y contemplarlo en sus ratos ociosos. Cada quién buscaba la felicidad, soñando y mitigando sus penas a su manera.

Cosette y Joaquín no vivían tristes, su felicidad no dependía de la situación económica, aunque Joaquín luchaba duramente para conseguir el sustento diario y hacer las mejoras a su vivienda, se sentía satisfecho y el amor que los unía les daba fuerzas para sobrellevar las dificultades.

Tres años más tarde Cosette, se miraba en el espejo y con sus dedos finos tocaba sus labios y sus mejillas. Le gustaba oírle a Joaquín decirle que era bella.

Estaba embarazada y su aspecto era radiante; su tez por lo general pálida se mostraba sonrosada, sus ojos tenían un brillo especial. Su cuerpo delgado se había tornado relleno. Se mantenía erguida, con orgullo de embarazada. Echaba las espaldas atrás, erguía la cabeza e impulsaba la barriga hacia adelante. ¡Una mujer feliz! Enamorada y correspondida, Joaquín se encontraba unido a su mujer por verdaderos lazos de amor y ternura.

Cosette se desvelaba esperando el regreso de su marido, le angustiaba ese trabajo nocturno, que resultaba un atentado para su tranquilidad. Trataba de ahorrar algo, de lo que Joaquín le daba

para los gastos. Aunque la necesidad se dejaba sentir amargamente pensaba que jamás volvería donde sus padres; el remordimiento, la vergüenza no la dejarían.

La primera navidad que compartió con su amado no tuvo vestido nuevo, ni zapatos nuevos, como era tradicional en casa de sus padres; sin embargo, ella, se sentía notablemente contenta.

Aquel año la fiesta de navidad fue diferente. La buena vecina, Florinda les llevó hallacas y ellos le dieron la mitad de un pan de jamón que habían comprado en una panadería, abajo en la avenida Atlántico. Algunos vecinos vinieron a saludarlos y darles un abrazo con buenos deseos de bienestar y prosperidad.

Todos en esa onda, queriendo mejorar. Fue agradable sentir el calor humano de la gente que, con tanta humildad, tenían sueños y a pesar de la pobreza confiaban en aquel pequeño hijo de Dios, que cambiaría sus vidas.

—Debo conseguir otro trabajo y ganar más, cuando yo falte... Ella reía

—Estás loco, estás tan lleno de vida, tan activo. No debes preocuparte— y peinaba sus cabellos oscuros con sus dedos.

En su sencilla vivienda el silencio se hinchaba esperando la luz de una nueva vida.

Una noche oscura y lluviosa, la desgracia llegó.

la muerte de su padre sorprendió y entristeció profundamente a la comunidad.

Miguel Ángel, recordaba a su madre humilde como la mujer bonita, suave, femenina y tierna; no la quiere dentro de sus recuerdos de otra manera. Desde que su padre, víctima de aquel nefasto suceso donde perdió la vida para robarle el carro que ni siquiera era suyo, ella se derrumbó y entre el sufrimiento y la bebida, fue declinando.

Cosette, llevaba sobre sus hombros en aquel tiempo un enorme exceso de trabajo, los quehaceres de la casa, la responsabilidad de los

gemelos, el enorme dolor, a todo eso había que añadir el problema económico; aunque le había quedado la pensión del difunto no era suficiente.

Aquella tarde cuando llevaron al padre en un humilde ataúd, sus compañeros de trabajo, los taxistas, además de los vecinos, apenas si cabían en la casa. Cosette lloraba tanto que los hijos ya adolescentes la abrazaban ante tanto dolor.

¿Estaba encerrado realmente mi papá allí en esa caja? se preguntaba Miguel Ángel, si así era y lo sentía mucho por él y se puso a llorar, no quiso verlo, mientras que David se acercó para maldecir a los criminales, jurando que vengaría la muerte de su padre.

La impresión que había sufrido debió ser tan grande que no se resignaba a admitirlo, su temperamento se hizo más hostil, desde entonces con frecuencia se peleaba con los muchachos del barrio y se hizo más rebelde.

Era increíble lo que había logrado hacer aquel hombre trabajador en la casa que fue de sus padres. Le había hecho arreglos, ya no era un rancho de tablas, ahora era de bloques de cemento, bien frisados, los marcos de la ventana, aquellos de madera carcomida fueron sustituidos por una panorámica. Habían salido al paso ante las dificultades y contratiempos. Cuando nacieron sus hijos, vivían en otras condiciones. Los gemelos Miguel Ángel y David crecieron. Ya el barrio tenía escuela y a la edad de seis años los inscribieron. Ella, esmerada en sus cuidados, con sus ropas limpias y cargando con sus tremendos apetitos, sentían que habían logrado una proeza con fe, valor salud y amor.

A menudo Cosette se ubicaba ante aquel rígido retrato en blanco y negro, donde aparecía vestida de fiesta con sus padres, entonces en sus labios se dibujaba una sonrisa que desbordaba su rostro de ternura. Ella no los nombraba y él se plegaba a su silencio por cobardía por temor a un reproche.

Un día, el pequeño David le preguntó cuándo irían dónde los abuelos y Joaquín que lo escuchó, les prometió que pronto para la navidad. Abrazó a Cosette, mientras le decía: “Deja tus temores, iremos. Verás cómo se van alegrar”.

Ella mitigaba su añoranza contándoles a sus hijos una y otra vez los cuentos que su madre le relataba cuando era niña: La Caperucita Roja, El Gato Con Botas, Pulgarcito, Aladino y La Lámpara Maravillosa. Los gemelos no se cansaban de oír esos maravillosos cuentos de hadas.

A David Méndez Álvarez, se le hacía fácil pensar que un duendecillo o el gigante de la lámpara de Aladino vendría un día a cambiarles la vida. Siempre fue así ambicioso, soñador y amante de la vida fácil.

Con la muerte del padre, al tiempo vino lo de David, eso de no querer ir a la escuela, de andar por la calle con otros muchachos de su edad o subiendo a la parte más alta, aún despoblada a jugar trompo, metras o elevar papagayos.

Cuando David veía su cometa en lo alto del cielo se imaginaba que era él. La cola de colores se movía, con la fuerza del viento subía, mientras le soltaba el hilo, el viento se hizo más fuerte. El muchacho luchaba, con movimientos rápidos trataba de rescatarla, el hilo se rompió, liberándola hasta que cayó lejos. Ambos la contemplaban en silencio. David recogió el rollo de hilo que le quedaba. Ese día le dijo a su hermano

—Viste cómo me estrellé.

Años después pronunció esas mismas palabras, estando en la cárcel.

Cosette, sumida en el dolor, apenas si los atendía, casi los abandonó. Al principio no lo sintieron porque ella estuvo en la casa de la vecina Florinda, ayudándola con la limpieza; como estaba cerca con frecuencia los vigilaba.

Doña Florinda, así le llamaban; era bastante proporcionada, ancha de caderas y de hombros, con un busto relleno; aunque vivía en el barrio poseía mejores condiciones económicas que la mayoría. Mujer generosa, que ayudaba a los más necesitados. Tuvo tres hijos mayores que los gemelos. Debido al nombre de la madre, los relacionaron con la famosa serie de televisión y los apodaron: “El Chavo”, “El Chapulin” y al menor lo llamaban “El Emperador” quizás por su porte altivo o por su propio nombre Marco Aurelio.

Decían que este andaba en malos pasos y fue él, El Emperador, quien indujo a David por ese camino del robo y tráfico de drogas. Se comentaba, que, a pesar de su corta edad, apenas diecinueve años, ya había cometido fechorías malvadas. No se parecía en nada a la madre. Era un muchacho de sentimientos cortos. Al igual que sus hermanos llevó una vida delictiva, sin tener pena por nadie.

A la buena vecina, tiempo después le mataron al hijo mayor, ese que llamaban el “Chavo”, en un asalto donde se enfrentó con la policía.

Años más tarde, la desgracia la volvió a tocar; el segundo de sus hijos, se unió a otros bandoleros y una tarde, por allá en La Guaira, los dos hermanos “El Chapulin” y “El Emperador” junto con otros delincuentes asaltaron una pizzería.

Uno de ellos disparó, contra el dueño, quien murió en el acto. En ese momento al escuchar los disparos salió del fondo del negocio su hermano, quien al verlo tendido y sangrando en el suelo; tomó un arma que estaba cerca de la caja registradora y disparó contra los asaltantes que corrieron al carro dispuestos a huir.

Fue así, como cayó el “Chapulin”, ese otro hijo descarriado de doña Florinda; mientras sus compañeros se escapaban a gran velocidad.

“El Emperador”, tampoco pudo escapar, una bala penetró en su columna. Estuvo hospitalizado largo tiempo, luego lo trasladaron

a la cárcel, durante unos meses. Debido a las condiciones en qué había quedado nadie estaba dispuesto a ayudarlo tras las rejas, le dieron casa por cárcel, lo que agradó mucho a doña Florinda, así pudo dedicar mayor atención al hijo que le quedaba vivo.

Condenado a una silla de ruedas de por vida, pasaba los días en la puerta de su casa, con el rostro pálido y la mirada cargada de amargura. No hablaba con nadie, no respondía el saludo de los vecinos, ni siquiera conversaba con la madre que buscaba consolarlo.

Florinda sufría intensamente y en sus largas conversaciones con Dios le pedía que fuera ella, la inválida a cambio de curarle la columna a su hijo.

Una tarde, vino a visitarlo uno de los delincuentes que le acompañó en aquel asalto, uno de los que pudo escapar dejando al Chapulín, muriendo sobre el pavimento y al Emperador, herido, sin poder levantarse.

Fue la única vez en tanto tiempo que se le volvió a escuchar. Fueron muchos los improperios que gritaba a toda voz, desde su silla de ruedas, que el muchacho se fue corriendo mientras que el Emperador, continuó gritando; estuvo más de una hora en eso, hasta que su voz, se fue apagando. Presa de una crisis temblaba, sudaba y lloraba. Doña Florinda, consternada tomó una de sus manos y él la apartó con brusquedad.

Nunca más se le volvió a ver. Algunos vecinos decían que ahora el muchacho además de inválido era mudo. Posiblemente trastornado, encerrado en su habitación pensaba que la casa no existía. Tampoco él existía y así podía engañar a todos los mirones para recoger parte de su desesperante soledad y arrepentimiento.

Doña Florinda soportaba su dolor con una paciencia sorprendente.

Fue entonces cuando Cosette, tuvo que salir a trabajar en una fábrica de ropa para cubrir tantas necesidades. Dos muchachos

que alimentar, vestir, llevar a la escuela. Eran muy chicos para comprender.

Los gemelos, no querían recordar a la madre, extraviada en su borrachera. Cuando estaba sobria les preparaba unos espaguetis deliciosos; de lo contrario dormían con el estómago vacío, algunas veces la vecina se condolía y les llevaba una sopa o unas arepas que ellos devoraban con avidez. Cosette, solía decirles con voz cálida: “Deben cuidarse el uno al otro, cada uno debe cuidar del otro” Recomendación que se acentuó más después de la muerte de Joaquín.

A los diecisiete años los gemelos comenzaron a trabajar. Eran jóvenes hermosos y esbeltos. Tenían las cuencas de sus ojos claros muy profundas, la piel mate. Los cabellos negros y abundantes, las cejas negras bien delineadas. Las pestañas largas, le ponían un toque misterioso y soñador a la mirada; además muy serios, de poco sonreír, lo que les daba cierto aire de respeto.

Miguel Ángel Méndez Álvarez, era un joven con una fibra romántica y amorosa. Sus horas de trabajo eran duras; sin embargo, estudiaba en la noche. En cambio, a David nunca le gustó estudiar y llegó a formar parte de un grupo de poderosos delincuentes que tenían atemorizado al vecindario.

En David se hizo un hábito, salir por la noche y regresar en la madrugada. Su hermano preocupado le llamó la atención, enfurecido David se le enfrentó y casi se le fue encima. A Miguel Ángel, lo embargó el miedo.

—¿Qué, ¿qué pasa? — Preguntó desconcertado y con tono altanero e hizo un gesto de impaciencia.

David dio media vuelta, rígido atravesó la habitación y salió a la calle dando un fuerte portazo.

Silencioso Miguel Ángel comenzó a ordenar la casa. Calentó un poco de café, que había quedado de la mañana y se lo tomó sentado en una silla. Buscó un libro con el fin de estudiar; pero le costaba

concentrarse en la lectura. ¿De qué valía su preocupación, su afán por aquel hermano que siempre fue un pendenciero? Entonces un torrente de lágrimas se le vino a los ojos.

Dieron las doce, la una, las dos, Miguel Ángel cerró la ventana, pasó llave a la puerta. Se desvistió para meterse a la cama. Despierto, atento al menor ruido. El corazón le latía bruscamente. Se levantó, encendió la luz, abrió la ventana, la calle estaba oscura y solitaria. Con un súbito presentimiento abrió la puerta y salió hasta el camino, entonces lo vio, venía tambaleándose. Permaneció un momento en medio de la calle, mirando de un lado a otro.

Juntó las manos con cierta desesperación. David caminaba con paso lento, vacilante.

De pronto exclamó — David, ¿Qué tienes? —

— ¡Oh! no es nada—

Lo tomó por los hombros y lo llevó a la vivienda, su hermano estaba sudando; indicio de que había hecho un gran esfuerzo. Cuando entraron a la casa, al encender la luz y verle el rostro moreteado e hinchado lo abrazó y de pronto ambos comenzaron a sollozar.

—Hermano— ¿Qué te hicieron?

Lo llevó a la cama, lo desvistió y busco un pomo de Iodex, colocó la oscura crema suavemente en los moretones. Para tranquilidad de Miguel Ángel, David, permaneció en casa, sin atreverse a salir, durante varios días. Fueron muchos los indicios de las fechorías del descarriado hermano.

Otra noche oscura y fría David, tocaba la puerta con desespero; al abrir Miguel Ángel, lo vio asombrado y con horror. Tenía la cara lívida Le corría sangre por la cabeza hasta la mejilla y un brazo amoratado que apenas podía mover. No cabía duda que le habían dado una paliza.

— Por Dios David, ¿qué te ha sucedido? — Le preguntó, mientras lo introducía a la sala. Dijo que unos desgraciados lo habían golpeado.

— Tu, te buscas esas situaciones. No debes dejar que te agarre la noche. Además, eres un bravucón... pendenciero.

— Bah, deja tus sermones para otro día.

— Siéntate— Cuando se sentó parecía que se iba a desmayar.

— Debe verte un médico, estás muy aporreado y tienes la cabeza rota, voy al ambulatorio.

— No, no— dijo asustado — Pueden estar afuera esperándome, te van a confundir conmigo y te van a dar tu coñaza.

— Saldré por la puerta de atrás— le dijo. Se dirigió al ambulatorio que desde hace poco funcionaba en el barrio. Vio, la sombra de tres hombres, que se perdieron en la oscuridad con paso ligero, hacía el callejón. Esto lo sobresaltó un poco. Una expresión de disgusto se esbozó en su rostro, no obstante, siguió caminando.

Dudaba que el médico fuera a la casa; le explicó lo sucedido. Este, procedió a vestirse, aún soñoliento, se puso la bata blanca, tomó algunos medicamentos que colocó en un pequeño maletín y lo acompañó. David parecía dormido, cuando llegaron. El médico le afeitó la cabeza, tomó tres puntos en ella y colocó una venda. Examinó su brazo y dijo que el hueso estaba tocado, pero no había fractura. Le indicó un calmante que lo haría dormir.

Miguel Ángel, apenas pudo dormir, observándolo, siguiendo las instrucciones dadas por el médico. En la mañana, cuando David despertó, le expresó que le dolía la cabeza. Con amor fraternal, buscó el calmante y se lo dio, con un poco de agua. Le pidió que no se fuera a levantar si volvía a sentir mareo.

Le preparó el desayuno, le recomendó no abrir la puerta a nadie. Él, debía ir al trabajo.

Al salir, la señora Florinda, regaba las plantas y le contó lo sucedido. Inmediatamente ella se dirigió a la vivienda. Puso su mano sobre el hombro de Miguel Ángel ofreciéndole su ayuda para cuidar a David. ¡Qué infinita condescendencia y humanidad caracterizaba a la vecina! Esa mujer tan sufrida, tan golpeada por la vida, tan buena. Así él estaría más tranquilo en su trabajo.

David, le contó, a doña Florinda lo sucedido.

—Qué cobardes, hacerte eso, precisamente a ti, ¡ah! Se lo diré a los muchachos, seguro averiguarán, y eso no se quedará así. ¡Ah! este no es lugar apropiado para un hombre herido, te llevaré a casa, vamos allá hay una habitación más ventilada, vamos, te sacaré de esta pocilga.

Durante el tiempo que duró su convalecencia, doña Florinda, conmovida, los amparó como en aquellos tiempos ante las muerte de sus padres. David llevó en el brazo derecho un cabestrillo durante varios días. Fue cuando la amistad entre David y los hijos de la vecina se afianzó. Miguel Ángel no podía afirmar que ellos lo llevaron por el mal camino. Si, había notado la deferencia entre ellos y le asustaba ciertas actitudes de su hermano.

Una tarde, como a las seis, Miguel Ángel, regresaba del trabajo y pudo contemplar a su hermano, peleándose con un corpulento hombre, que trató de golpearlo, pero su puño solo paso por encima de su hombro. David le aplastó con un golpe la cara y salió despedido hacía atrás. Después saltó sobre el hombre y lo tumbó. A horcajadas encima con sus manos le apretaba el cuello, hasta que su cara se fue poniendo azul. El temor se reflejaba en aquel rostro; mientras la mirada feroz y placentera se perfilaba en la cara del gemelo.

—¡Basta! gritó Miguel Ángel, ¡déjalo!— Lentamente David, lo fue soltando. Mientras el hombre trataba de incorporarse, recibió una violenta patada que lo llevó de nuevo al suelo. Cuando pudo

levantarse, invadido por el pánico, tosiendo, casi sin fuerzas intentaba correr.

La fuerza y el furor lo abrazaban con toda su juventud, desde ese momento, David se ganó el respeto de los muchachos pandilleros del barrio. Esto le valió una reprimenda del hermano, que no le importó gran cosa. A Miguel Ángel, lejos de llenarlo de orgullo, lo llenó de temor. A veces los confundían y notaba la angustia, el temor en las miradas en los muchachos del barrio.

“Un hombre de setenta y cinco años resultó muerto dentro de su residencia en la urbanización de Santa Mónica, atacado por delincuentes, que ingresaron a la quinta con el fin de robarlo. Posiblemente los autores del crimen, conocían los movimientos del anciano que vivía solo, tres años atrás había enviudado. Uno de los antisociales resultó muerto, mientras otro huyó en el vehículo del septuagenario para luego escapar por una zona boscosa. Otro de los delincuentes fue apresado en las inmediaciones cuando vecinos lograron rodearlo en el momento en que una comisión de la policía llegó al lugar” Lo expuso un noticiero en la televisión. También los periódicos locales.

Fue la tarde que apresaron a David.

Algo extraño sucedió; una vez que entraron a la vivienda, él se mantuvo de pie, como hipnotizado frente a una consola ubicada en el pasillo que daba al salón. No pudo avanzar. Allí, una foto. ¡La misma foto que tenía su madre! ¡Aquella foto de los quince años de su madre, donde estaba con el vestido color rosa en compañía de sus padres! Entonces... ¡Sus abuelos! ¡Oh! ¡Estaba en la casa de sus abuelos! La sangre se le heló. Tuvo miedo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Desde el día del asalto en que lo apresaron, él pensó que todo se había puesto en su contra. Primero ver caer a su compañero en aquella balacera, segundo un proyectil, pasó rozando su cabeza, hasta le chamuscó el pelo, sintió miedo y rabia. La impresión que

le causó aquella fotografía, la conmoción de las personas que huían, trato de escapar confundándose con los demás, pero no fue posible.

— Te atrapé perro— le dijo el policía y fue cuando el disparo casi le dio en la cabeza.

Sin embargo, pudo zafarse y corrió, llegó a un callejón sin salida. Desde un balcón, alguien gritó:

¡Por allí va el bandido!

¡Qué no escape! por aquí gritó otro.

Se dio cuenta que se encontraba en un aprieto. Varios policías lo rodearon. La alarma de la patrulla se escuchó como un grito heroico. Todo se puso en su contra, desde el momento en que lo esposaron y lo metieron a la patrulla, supo que estaba perdido. Todos lo miraban, lo censuraban. Una vieja dijo: “Tan joven y tan buenmozo, no parece un malandro” y otra respondió: “Por eso dicen caras se ven, pero corazones no”

Alegó en su defensa, dijo que lo habían confundido en el motón, que él ni siquiera conocía a esos... El abogado defensor no parecía convencido y el juez se mostró firme y riguroso, basado en las huellas digitales que se encontraron en el marco del retrato, además la palabra del policía de quien se escapó.

David, no olvidó ese rostro donde sobresalía el desprecio que sentía.

—Como un perro fui condenado a ocho años de prisión. ¡Hermano debes ayudarme! — le dijo a Miguel Ángel, apenas lo vio.

David, no podía sacarse de la mente aquel momento: Sus compañeros pistola en mano, lo llamaban con voz susurrante, haciéndole señas que él, no veía. Sus ojos no podían desprenderse de aquel retrato. ¡No podía creerlo! La vida lo había llevado allí. En un momento quiso retirarse. Tomó el retrato en sus manos, en el momento en que unas pisadas se escucharon en lo alto de la escalera. Pudo ver al

anciano, con un arma en la mano que con voz fuerte dijo: ¿Quién anda ahí? — Nooo, no dispaes mi llave. Le gritó David al “Gato”.

Demasiado tarde. El cuerpo del anciano se tambaleó; pero antes pudo disparar. Su mano soltó el revólver, vacilante se llevó la mano al pecho, se inclinó hacia adelante y cayó.

El “Gato” nervioso, antes de morir gritaba: —Vete, David, huye...antes que te agarren los tombos, vete...

Su voz se fue apagando. Allí, quedó tendido en aquel salón de amplios ventanales y cortinas de terciopelo verde, cerca de un sofá beige; manchando la alfombra con cuadros de colores con su sangre oscura, tan oscura como su vida. David, tembloroso contemplaba la escena sin moverse, mientras los personajes del retrato parecían acusarlo.

La sirena de una patrulla rompió el silencio, colocó la fotografía en el lugar, fue cuando salió a la calle.

David, cometía hurtos, sin despertar sospechas. Desórdenes de personalidad múltiple, quizás por la influencia de alcohol u otras sustancias.

Miguel Ángel Méndez Álvarez, veía a su hermano como un monstruo, pensaba que ese sentido maléfico le venía de algún lado. Pero no. Su padre fue un buen hombre, su madre tan entregada a ellos demostró ser la mejor madre. Solo que al quedar sumida en la tristeza frente a la responsabilidad los descuidó un poco.

El alcohol la cambió, bebía con frecuencia, regresaba a casa sucia. Una vez, en el cerro rodó por las escaleras, su boca sangraba y perdió aquellos dientes que adornaban su sonrisa; sus dientes que tanto cuidaba.

Él había leído sobre la dualidad de los gemelos, las nociones del bien y el mal como oposición de esta dualidad. Ellos eran gemelos monocigóticos, idénticos, nacidos de un solo huevo o cigoto, dos esencias completamente distintas. También sabía que las madres

de gemelos son más saludables y hasta longevas. Su madre hubiese tenido mayor probabilidad de vivir más, si no se hubiese entregado al vicio del alcohol.

Con frecuencia Miguel Ángel se preguntaba cómo había sucedido. Las imágenes y los recuerdos se agolpaban en su mente.

“Siempre lo vi como una rara, solitaria y muda figura, como una sombra escondida en el fondo. ¡Qué filosofía tan engañosa la mía! Otras veces lo veía como un malvado parásito. ¿Qué poco conocía yo la manera de ser de mi hermano David, era la maldad oculta bajo aquel manto de muchacho bueno” A veces se quejaba, protestaba, decía que su mala suerte era por haber nacido pobre, decía que la vida era injusta, mientras unos tenían tanto, otros tenían tan poco? Entonces mostraba su genio endiablado.

“Me afectó mucho, cuando en el juicio dijeron que era un bandido, asesino sin esperanza de enmienda. Me quedé mudo, luego pensé en mis padres, lo avergonzados que se sentirían si vivieran. Entonces recordé todas las veces que mamá me pedía protección para mi hermano menor, que según ella yo era el mayor por haber nacido unos minutos antes que David.”

“Cuando nuestra madre murió, durante muchos días me sentí trastornado, nunca pensé que podía sucederle, llegué a considerarla como algo especial, en que el tiempo se detenía y nada podía causarle daño. Una neumonía, no pudimos darnos cuenta de la gravedad de su enfermedad y los estragos que causó el licor en su organismo. Pocas veces le reproché lo de la bebida, es que, uno como hijo cree que solo los padres deben corregir.”

Cuando fue al hospital vio su cara tan pálida, sus ojos hundidos por los estragos de la enfermedad y la débil respiración, sintió miedo de encontrarse solo y se creyó tan desamparado, hundido en un terrible abismo de orfandad. La dulzura y la tristeza de su

rostro, a pesar del daño que hizo la bebida en su organismo, no lo dejaba en paz.

Todas sus penas secretas se fueron con ella. Se fue definitivamente. Con la mano entre la suya, con voz apenas perceptible pregunto por David y casi muriendo le dijo: “Cuídalo”

Miró el rostro de su madre tranquilo y sereno en su paz.

En aquellos días, David fue un gran consuelo para él, una gran ayuda para sobrellevar su pena. Él llegó a confesarle que se sentía avergonzado de sus malas acciones y las angustias que le había ocasionado a nuestra madre, con sus andanzas.

—Es inútil que te atormentes —le dijo un día— Si ella pudiera verte se alegraría de tu cambio y arrepentimiento.

La rutina continuó su curso, Miguel Ángel siguió con su trabajo en una casa de antigüedades en las Mercedes, animado por el dueño estudiaba Historia del Arte en la Universidad, en horario nocturno. Al principio, David regresaba todas las noches al hogar, a aquella casa que con el esfuerzo de nuestro padre había dejado de ser un rancho para convertirse en una vivienda aceptable. Para nosotros, la paz se había acabado, David aún sentía esa amarga inquietud. Se consolaban mutuamente, nunca se habían sentido tan unidos como en esos momentos.

Él se fue de la casa, periódicamente venía, me decía que ahora valoraba lo que era un hogar y todo lo que nuestros padres habían hecho. Un día le dije: “Sí, tuvimos suerte al tener el amor de nuestros padres, que de alguna forma nos dejaron esta casa...”

—¡Suerte! coño ¿Crees que puede ser suerte eso de pasar hambre, frío, no tener lo que se desea? ¿Llamas suerte a encontrarte con que un compañero muera y no puedas tener confianza en otro, que te denuncie! Yo soñaba con un mundo mejor...

—Pero, como vas a soñar, solo dormido, porque no haces nada para mejorar, no quisiste estudiar, no trabajas, todo lo quieres

conseguir fácil o a riesgo de tu vida. ¿Crees que no me doy cuenta de las pintas que te pones? Te vistes mejor que un artista...

Al siguiente día, cuando regresé del trabajo me di cuenta. Se fue dejando todo y hasta la puerta abierta.

Había un gran revuelo en el barrio, venían las elecciones presidenciales. Los postes cubiertos de afiches con fotografías de los diferentes candidatos, carteles invitando al voto, música, parlantes con grabaciones con muchas promesas.

Tiempo después me enteré que mi hermano gemelo compró una moto. Me alegré por él, aunque sabía que nuevamente andaba en malos pasos y pedí a Dios y a la sufrida Cosette, que, desde el cielo, velara por el hijo descarriado.

Aquel monstruo que era mi hermano gemelo ejercía en la comunidad un hechizo, donde se mezclaba la admiración y el temor. David se paseaba orgulloso, por las calles y callejones en la moto, seguramente robada. A los jóvenes les gustaba verlo. Soñaban con tener una así para saltar los huecos de la calle para subir hasta el cielo como ángeles endemoniados. Aquellos muchachos, hijos de hombres del campo, del llano, que seguían siendo campesinos, pero que ahora tenían un salario y una carga de esperanzas para darles un cambio de vida.

Aquella tarde que vi a David, sobre esa armadura de hierro, lo detuve para preguntarle cómo la había conseguido. Él alzó los ojos y se quedó viéndome con una expresión fría, de ira contenida. Se bajó de la moto y con su andar desafiante me miró fijamente para responderme con insolencia: "No es tu problema, es mi nave"

Muchos días trascurrieron sin vernos.

Recordé la casa de doña Florinda, una casa completamente amueblada y con lujo. El salón con unas cortinas de seda amarilla, adornadas con flecos dorados, muebles cómodos, los muebles del comedor eran de roble macizo, alfombras preciosas.

La habitación dónde estuvo David convaleciendo de aquella golpiza tenía un juego de cuarto barnizado en blanco, un baño pequeño con una toalla blanca, encajada dentro de un aro dorado. David sonreía, parecía feliz. Ante tanto lujo sentí náuseas. Todo ese lujo escondido bajo la fachada humilde de la vivienda. La extremada sencillez de doña Florinda, vestida con colores serios destacaba en aquel ambiente de paredes cubiertas por pinturas de reconocidos artistas. Gruesa como la mayoría de las mujeres sesentonas con algunos hilos plateados en sus cabellos negros, no se podía concebir que por su afán de querer vivir bien hubiese apoyado a esos jóvenes en el hurto de tan valiosos objetos.

La impresión que causaba el conjunto de piezas y adornos era sorprendente. “Nadie podía imaginar tanto lujo en una vivienda en aquel barrio.”

Aunque el barrio había cambiado, ahora era un gran poblado donde sobresalían pequeñas edificaciones. Un cronista podía escribir: Veinte años atrás, este barrio, era un terruño invadido por pajonales, después invadido por gente pobre venida del interior, que construyeron sus ranchos y tapaban las goteras con las propagandas de latón que tenían las caras de algunos políticos, candidatos a la presidencia. Ahora el barrio es otro, se ha transformado. Las casas de bloque, con varios pisos han sustituido a los miserables ranchos de cartón o de tablas.

Miles de heroínas anónimas, con la cara cubierta por el desdén del sufrimiento, con los pies hundidos en el barro, cuando las lluvias intensas inundaban sus ranchos. Mujeres que llevaban la bombona de gas en sus hombros para poder preparar el alimento a sus hijos, cargar el agua después de una dura jornada de trabajo en la fábrica, llevar a su pequeño al hospital bajo la lluvia o bajo el sol intenso. No se puede dejar de reconocer tantos sacrificios de mujeres, que

lo dan todo a cambio de nada y sus ilusiones se doblan cuando el hijo se hace un malnacido.

Tampoco se debe restar méritos a los hombres, muchos cumplen con llevar la comida y la mayor distracción en estos lugares es el consumo de alcohol, por lo que descuidan a los hijos y a la vez le dan un mal ejemplo.

De los políticos no se podía decir cuál era mejor o peor, permitieron el cinturón de miseria y el crecimiento de los barrios en un país tan rico; cuando al comenzar el éxodo campesino hubieran podido construir viviendas, en cambio construían escaleras para suavizar la subida al cerro y así continuó la proliferación de ranchos y barrios que bordean la capital.

Durante la campaña electoral estos barrios eran visitados por diferentes políticos que les daban la mano a todos, besaban viejitas, cargaban niños sucios, desnudos y mocosos. En una libreta arrugada, donde una supuesta secretaria tomaba nota de los problemas de la comunidad. Notas que seguramente iban a parar al pote de la basura.

A veces surgía de la comunidad alguna mujer con la barriga grande. Una de esas heroínas sin miedo que decía: “¡Ah! Ustedes vienen cuando necesitan votos, se burlan de nosotros los pobres”

El político ponía una cara de asombro. Casi tartamudeando y una sonrisa irónica decía: “No, no es así, créame señora, siento que ustedes vivan en estas condiciones, le juro que mi intención para toda esta comunidad es buena... anota ahí a la señora para enviarle una canastilla. Le decía a uno de la comparsa. Luego salía con el grupo de acompañantes con sus caras alargadas, de zorro y gavi-lanes, de aquella atmósfera fétida en una tarde calurosa llevándose todas las promesas, con la firmeza de que haría escuelas, comedores escolares casas, iglesias, mejoraría las calles, el alumbrado eléctrico, daría ayuda económica a los ancianos...

¡Ah! Y no olvidaría la canastilla.

Eran tantas las necesidades y tantos los ofrecimientos que mejor sería desatenderlas.

Y aquella mujer que se atrevió a decirle su sentir se quedó esperando, hasta nietos tuvo y nada de canastilla.

Cualquier nombre de un barrio se pierde en los velos de la ciudad. En los cerros se levantan casas, que a lo lejos parecen que estuvieran montadas unas sobre otras, las cortinas de nubes las tapan desafiando las opacas viviendas.

En el corazón de la ciudad los edificios y el humo de las fábricas, se alzan como nubladas con un soplo cálido y oscuro.

En las urbanizaciones donde viven los ricos y los emigrantes extranjeros, casas de dos pisos, con jardines verdes, floreados, con rejas doradas, estacionamiento para cuatro y más carros. Las muchachas de servicio uniformadas, igual los choferes que impresionaban con sus trajes oscuros y los perros educados no mordían los diarios ni ladraban a los conocidos. “Pero el patrón, hace años muchos años que está mordiendo al obrero”

Las calles limpias, sin basura, con árboles frondosos, aire puro sin malos olores. Todo un gozo para los ojos de los transeúntes.

Miguel Ángel, también anhelaba algún día irse de aquel lugar, vivir en una urbanización en el Este. Tenía sueños donde entraba Alida, quería formar un hogar, tener hijos, aspiraba graduarse, no era mucho, pero él era honesto, luchador, optimista, sabía que lo lograría.

Alida, una muchacha tranquila, de mirada seria. Tenía un buen empleo como secretaria. A los diecisiete años comenzó a trabajar en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos. Era una joven que difería de las demás chicas del barrio: su figura, sus modales y manera de pensar, desde hace un año, vivía en casa de una tía paterna. A veces tenía una mirada distante como si no le importara nada, mostraba un aire de indiferencia y desprecio por aquellos seres que

la rodeaban. Hablaba con un tono de voz bajo y pausado que le daba un aire misterioso.

Una tarde se desprendía gotas enormes y solitarias, que maltrataban las hojas de los pocos árboles que quedaban en el barrio, el tamborileo de la lluvia se hizo más rápido y el sonido dejó de ser pausado para transformarse en un rumor de humedad; él corrió buscando amparo en un techo que sobresalía. Ella, con la falda empapada, cruzo la calle y le prestó abrigo bajo el paraguas a Miguel Ángel. Al llegar frente a la vivienda, ella insistió en que se lo llevara, después lo devolvería. De allí surgieron varios encuentros.

Esa tarde ella fue a su habitación, se desnudó para ir a bañarse. Se sentía complacida. Cubierta con una toalla, se quedó un rato frente a la ventana, contemplando la lluvia que disminuía. Repentinamente, el sol se desparramaba sobre la calle mojada y a ella le pareció hermoso aquel joven y en su mente seguía la cercanía, la mirada profunda y el tierno sentido de protección que percibió en el muchacho de quien no sabía ni su nombre; con el apuro de la lluvia olvidaron presentarse.

Tampoco para él pasó desapercibido el contacto de su piel cuando ambos trataban de sujetar el paraguas, su risa, su perfume...

Solo le molestaba la forma como ella se refería a los humildes habitantes del cerro. No le gustaba la gente que veía a los pobres como una casta inferior, podía ser cierto, pero las verdades sociológicas y biológicas no pueden ser juzgadas. Con todas sus diferencias, a ella solo aquel muchacho del barrio le gustó. A él, a pesar de vivir allí desde niño, nunca mujer alguna le había atraído.

A David también le atrajo la misma mujer.

Una tarde al regresar de su trabajo, a Alida, buscando la llave en la cartera, le pareció ver a Miguel Ángel, lo raro fue que cuando se separó del grupo de hombres que estaban a su lado, uno le grito: "¡David! Espera".

Pero David, no se detuvo y cuando la alcanzó, allí frente a todos la besó. ¡Qué atrevido! No conocía esa parte del joven. Se controló para no llorar, se sintió decepcionada y tan humillada, buscaba en su cartera la llave y él intentó besarla de nuevo, mientras los hombres reían a carcajadas. Nunca pensó eso de Miguel Ángel, en ese momento sintió un gran desprecio por él. La asaltó una rabia incontenible. De un tirón se libró de él y lo abofeteó, enfurecida le dio una serie de puñetazos, David que no esperaba esa reacción, quedó tan aturdido, que se tapó la cara para librarse de los golpes.

—¡Asqueroso! — le insultó— ¡Eres un repugnante asqueroso, falta de respeto!

Una gran debilidad se apoderó de ella, le temblaron los labios y tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

— ¡Asqueroso! —Repetía— ¡Ese repugnante asqueroso, grosero!

Tuvo miedo, la joven inexperta, por un momento creyó desmayarse, el calor subió a sus mejillas y como pudo abrió la puerta de la casa de su tía.

Más tarde, unos suaves golpes en la puerta la sobresaltaron, limpiándose las lágrimas se dirigió hasta la puerta. Era doña Florinda, que había contemplado la escena, al verla en aquel trance apresuró el paso para aclarar la situación.

Con ojos tristes la muchacha abrió y la invitó a entrar, tratando de sonreír.

—Vine a ayudarte muchacha, sé que estás pensando que Miguel Ángel, es un malvado, falta de respeto; no es así, lo conozco desde muy chiquito, conocí a sus padres, es un muchacho bueno.

—¡Qué bueno, ni qué bueno! es un grosero — Dijo con rabia. ¡Qué decepción! creí que era diferente, es un abusador, falta de respeto... las lágrimas asomaban a sus ojos, mientras la Florinda le tomaba una mano.

—No es así niña, lo vi todo y quien te besó no fue él; fue David, a él también lo quiero, pero es diferente, él tiene unas vainas... David es malo. Acaso no sabes que son hermanos morochos, no te lo han dicho — Ven, ven muchachita y la llevó a un mueble, donde se sentaron a conversar. Alida, llorosa, siempre respetada y con aquel sentido de desprecio por los del barrio, sentía rabia, mucha rabia. Creía morir en aquel momento.

—Vamos niña, no llores así—

Alida escondía su cabeza entre sus brazos y gemía en voz alta, como una niña. —Es que no lo entiendo, me besó, así como fanfarroneando... Decía hipando.

—No trates de entenderlo, David, es así, impulsivo, insolente, atrevido. Seguro le gustaste, igual que a Miguel Ángel, tú no sabes que los morochos tienen gustos iguales...

Tomaron un café, la señora no pudo extenderse más, porque llegó la tía y Alida le hizo una seña para que callara.

Al despedirse en la puerta le dijo —Mira niña, ya te darás cuenta de quién es quién.

De esa forma fue como Alida, supo lo del hermano de Miguel Ángel. Le pareció bochornoso lo del beso; pero por recomendación de doña Florinda, no se lo hizo saber, a Miguel Ángel, ni después de hacerse novios; por miedo a un enfrentamiento entre los gemelos, lo calló.

Meses después Alida y Miguel Ángel se casaron, en el Registro civil local, ubicado en la avenida Sucre de Catia. Su tía y dos amigas de ella fueron testigos de la ceremonia. Por dos días se fueron a Macuto.

Al regreso le entregó a Alida las llaves de la casa y le dio las indicaciones necesarias, haciéndole hincapié que no siempre vivirían allí, él trabajaba y estudiaba, con ese fin: mejorar las condiciones de vida.

De David hace mucho tiempo nadie sabía nada. Los visitó un sábado por la tarde. Miguel Ángel, hizo la presentación.

Con mucha cortesía y con una sonrisa irónica, David tendió su mano hacia Alida, después le dio unas palmaditas en el hombro.

—Conque eres mi cuñadita— dijo con ironía

Dirigiéndose a Miguel Ángel — Bueno hermano, ya que tienes mujer, lo mejor será que yo me vaya de aquí.

—Pero... esta casa nos pertenece a los dos, no es justo, también hemos pensado irnos de aquí, estamos gestionando un apartamento, esto lo podemos vender, o te quedas viviendo aquí y...

—Bah, yo puedo vivir por ahí en cualquier lado, además bien sabes no necesito; por eso ya ni vengo casi al barrio. Tranquilo, solo buscaré unas cosas en el cuarto.

Y así David, les dejó el campo libre.

Ella, comprendió que el hermano, tan fresco con la forma tan grosera e irrespetuosa como la trató no le quedaba para más. ¡Mejor, mejor que se vaya. Ojalá no vuelva nunca más. Los miraba tratando de buscar una diferencia visible. ¡Nada!

Ajeno a lo que pasaba Miguel Ángel, la abrazo. —No te lo dije antes, creo que no hubo oportunidad.

En realidad, la oportunidad de conocerse fueron pocas. El tiempo en sus encuentros a escondidas se les iba en contemplarse, en hablarse de amor, de sus proyectos de trabajo, de estudio, de vida juntos.

Cuando David, se despidió, Miguel Ángel a solas con su mujer y con un poco de pena le dijo: “Te voy a ser sincero, mi hermano es un bandido, seguro habrá otros peores. Mi hermano es malo, muchos aquí le temen, el pobre no tiene la culpa, fueron las malas juntas que lo dañaron, sé que no anda en nada bueno”.

—Es un osado, valiente, nunca tiene miedo, se enfrenta con malandros, es ambicioso, desde que mataron a papá, juró vengarse,

decía que era injusto que otros tuvieran tanto y papá careciera de tanto.

Desde pequeño quería hacer su voluntad, entonces vino lo de no querer ir a la escuela, mamá tuvo un poco de culpa por dejarlo... bueno la pobre no tenía voluntad de nada, se pasaba llorando, Después vino lo peor, ella que nunca había trabajado nos dejaba solos para ir al trabajo, figúrate, me dejaba a mí, encargado de mi hermano, yo otro niño y ese carajito no hacía caso, pasaba el día elevando papagayos en la parte alta del cerro. Lo que más, me molesta es cuando alguien me confunde y me mira con rabia o con temor.

Por todas esas cosas frecuentemente le decía a Alida que tenían que irse de allí, no quería que sus hijos crecieran en ese ambiente.

—Mira, no quiero ni pensar que alguno de mis hijos, se tropiece con esa clase de gente. No es justo que esos seres no tengan piedad, que no les importe un hombre trabajador, que después de una jornada de trabajo, le quiten el dinero, la vida. No.

—Ahí, está el hijo de doña Florinda, quizá has oído hablar de él, no se le veía, vivía enterrado en su casa, postrado en una silla de ruedas, lo llamaban “El Emperador” tenía un porte elegante y una mirada dura, él junto con sus hermanos y otros compinches formaron una banda, que llegó a ser lo más alto en el mundo de la delincuencia en este barrio, si vieras su casa por dentro, forrada de lujo, comodidades, con decirte que hasta aire acondicionado tiene—

—¡Increíble! Dime, ¿El Emperador, no tuvo mujer? —

—El Emperador, tuvo una mujer joven, bonita. Era pálida, casi traslúcida, con el cabello abundante castaño en las raíces con un rubio en las puntas, era como si el sol lo hubiese descolorido, sus ojos claros y la mirada profunda con ojeras que denotaban la pesadumbre de todo lo vivido en su corta vida, por los estragos de la droga. Él se la daba sin importarle su ruina. Un día amaneció

muerta por una sobredosis, allá en el callejón. Desde entonces lo llaman el callejón de la muerte.

—“El emperador, doblegó su altivez, su mirada se hizo triste y su corazón se endureció más, al punto que hasta su madre le temía. Con frecuencia yo, le reprochaba esa amistad a David y lo amenazaba con quitarle mi apoyo. “Un día vas a caer y nada te va a salvar.” Nada, no hacía caso y ya había tenido algunos problemas con la policía. También eso me avergüenza ante la comunidad, siento que no debo continuar viviendo aquí, no quiero que nos señalen. Siento, que te hubieras involucrado con el hermano de un delincuente” —

Desde que está en la cárcel, David en sus momentos de soledad ha pensado que su vida le resulta una contradicción humana. Sentado en el suelo, al final de una larga noche no ha podido dejar de pensar en lo sucedido unos meses atrás.

“Todo se había planificado con anticipación, al viejo se le había hecho seguimiento. Sabíamos que vivía solo, los días, la hora que salía y aquel jueves creíamos que no estaría en su casa. Ese día todo estaba en nuestra contra. ¿Cuánto tiempo estuve de pie ensimismado, sin poder apartar la mirada de aquel retrato? ¿Qué coño me iba a imaginar yo, que esa era la casa de mis abuelos?

Y el viejo se asomó con un revólver, dispuesto a matar y se echó al “gato” y el “gato” tampoco lo peló. En medio de aquella trifulca, no supe que hacer.

Fue el retrato del carajo lo que me desconcertó, por ese retrato me envainé... En otras ocasiones después de cometer un atraco, nos repartíamos la tajada. Yo me iba a un hotel y allí en una confortable habitación veía tras la ventana el gris del cielo que se levantaba con el amanecer en la ciudad. Temeroso me pasaba algunos días encerrado, después caminaba por los jardines, leía los periódicos, me bañaba en la piscina. Permanecía aislado de todo hasta que iba recuperando la tranquilidad para volver a las fechorías junto a los

compinches. ¡Qué alivio me producía la amplia cama, las almohadas, la comodidad del hotel! Me levantaba tarde, al mediodía. Ahora en esta pocilga, del coño que no se puede dormir ni de noche. ¡Coño! Ni siquiera una silla. Otras veces estuve encarcelado, pero por poco tiempo, ahora meses esperando juicio ¡Qué arrecho! Debo pensar algo para salir de aquí...”

Aquella mañana David, acostumbrado al silencio se estremeció ante el recuerdo del pasado y la realidad del presente. Como si viera, en la pantalla de un televisor, que le venía el recuerdo de aquel día pavoso, como solía llamarlo.

En la cárcel, se debe permanecer muy atento día y noche, un pequeño descuido y se puede perder la vida fácilmente. No se puede confiar en nadie. Entonces le entraba el miedo. Allí la regla es el silencio. Todos los presos se sentían inseguros. Una vez a la semana los policías entraban a las celdas, irrumpían sorpresivamente cualquier día, y a cualquier hora; lo revisaban todo, se llevaban los objetos que pudieran representar un peligro, se llevaban el dinero, todo lo que les gustaba. Los empujaban, los sacaban a los pasillos, los hacían desnudar, los mandaban a bañar a media noche, si alguien levantaba la vista para mirarlos, recibían un golpe con la cache de la pistola.

Todos al caminar por aquellos pasillos oscuros y angostos chocaban entre sí, algunos resbalaban y eran castigados duramente. Se escuchaban gritos. Allí hasta el más valiente sentía el palpitar del corazón como un caballo relinchando, queriendo salirse del corral. Allí, morían los presos en riñas, golpeados por los policías; dos o tres muertos por semana.

Las madres, suplicaban con fervor a Jesús encadenado y disfrutaban el rato de visita.

El tiempo se hacía interminable y David en aquellos momentos de incertidumbre se sentía como flotando en un espacio vago e impreciso; fue cuando lo pensó, tenía que salir. Y así fue maquinando

su plan, hasta que sobornó a algunos policías que vigilaban los días de visita.

Era media tarde y Miguel Ángel, estaba con él, se lo propuso. Todo estaba vilmente preparado, el vigilante de la celda comprometido bajo palabra de recibir una fuerte suma de dinero. Solo faltaba convencer al hermano y si, no aceptaba igual; de acuerdo con un policía que vigilaba la visita junto con otros presos lo harían.

Aquel policía, en forma misteriosa, le hizo una seña indicándole que lo siguiera, lo llevó a una reducida habitación y le mostró una ropa de presidiario que estaba cuidadosamente colocada en una silla.

—¡Quítese su ropa rápido! Interiores, medias, todo y póngase esa braga. ¡Apúrese!— Ordenó

Miguel Ángel se despojó del bluejeans y empezó a desabotonarse la camisa, luego procedió a ponerse la ropa que le había asignado. El policía salió y entró David, al verlo le dijo: “Vaya, que te sienta bien” y me indicó que saliera.

Al salir vi la curiosa sonrisita que vagaba en el rostro del policía. Después vino mi hermano vestido con mi ropa.

El guardia hizo una señal y David me despidió con un abrazo cálido, en sus ojos brillaba la luz de una sonrisa maliciosa.

En el pasillo, sus pasos se hicieron largos y seguros; se sintió libre. Mientras Miguel Ángel lo siguió con la mirada, preguntándose cómo era posible que él estuviese ahora en esa condición de reo. Enseguida fue conducido al pabellón, mientras el guardia le daba las instrucciones y le amenazaba que no debía comentar nada y si llegase a suceder cualquier cosa, no lo mencionara por nada; de lo contrario no saldría con vida de allí.

La apatía que impregna la resignación se apoderó de Miguel Ángel. Sabía que no se iba a negar. Sus primeras noches en la celda fueron terribles. No podía dormir, permaneció sentado durante muchas horas en el suelo, con la mirada perdida en la oscuridad, sin

esperanza alguna porque pensaba en los malos sentimientos de su hermano y en los bueno y tonto de su parte, que se dejó embaucar con sus súplicas al mencionarle el recuerdo de la madre “Cuidense, cuida a tu hermano” Ante el miedo y la tristeza se preguntaba ¿Quién sabe si volverá? No creía, bien conocía a David. Pese a su juventud y fortaleza, se sintió desfallecer.

Fue un mes largo y terrible. Estaba en un pabellón con los peores reclusos. Una asquerosa cuadrilla de hombres mal hablados, de costumbres depravadas y carentes de toda moral. Escupían en el suelo, contaban sus fechorías con orgullo como una hazaña, empleando las más sucias palabras, enfermaban por la falta de droga que los hacía violentos. Peleaban por cualquier cosa, por la comida que era bastante mala y que su estómago apenas toleraba. Vivía en un estado de continua náusea física y moral.

Dos o tres de estos salvajes trataron de avasallarlo, hasta que una noche no pudo más. Entre la angustia al ver que transcurría el tiempo y David no regresaba, la rabia al sentirse burlado, se volvió medio loco. Sin saber cómo logró darle su merecido al peor de ellos; había visto una película donde para lograr el respeto, un preso tuvo que pelear duro. Se quedó sorprendido ante aquel feroz hombre que en la pelea se mostró tan asustado y temeroso. Era solo un tonto fanfarrón. A partir de ese momento, con ello lo dejaron quieto. Para él, dicha tranquilidad era tangible, pero al mismo tiempo difícil de creer. No podía confiarse.

Una mañana vino el sacerdote. Después una rara tranquilidad lo invadió, producida quizás por la oración o por su profunda y amarga resignación.

Volvió David, ¡no lo podía creer!

Todos habían notado el cambio de conducta del que suponían que era David, cuando el sacerdote logró sacarle la verdad en confesión, lo miro largamente con gravedad.

Miguel Ángel tuvo que admitir su culpa y avergonzado bajo la mirada. Y para todos el falso David se transformó en un buen compañero para los delincuentes, no todos contaban los delitos que habían cometido, pero percibía en sus rostros, en su caminar las torturas recibidas.

El miedo lo abrazaba. ¿Cómo podía juzgar a un policía cruel o a un delincuente? ¿Cómo podían haber tantas opiniones en un ser? A veces cuando no sentía miedo de que lo acusasen y lo enjuiciaran, o al pensar que David, no regresara, casi experimentaba algo semejante a aquel sentido de protección, de afecto por David. Pero luego lo veía de nuevo elevado en su maldad, volvía a considerarlo como un animal enigmático.

El día que David volvió, creía estar soñando, su pecho parecía que iba a estallar, su cuerpo temblaba tanto, que le costó cambiarse la ropa.

Antes de terminar la visita, aquel sábado David, se lo dijo. La carga quizá le pesaba demasiado. Miguel Ángel, confuso apartó la mirada.

No fue capaz de decir nada, lo contempló estupefacto, sin entender aquel rollo donde su hermano mencionaba al desconocido abuelo, con paciencia siguió escuchando detalles desagradables de la tarde en que lo apresaron. Con asombro escuchó lo del retrato. David sonreía.

—¡Hermano si pudieras ver la casa de los abuelos! ¡Qué tonta fue mamá! cambiar esa casa tan bonita para irse a vivir al barrio. ¡Ah! También supe que la abuela falleció tres años atrás, lo comento una vieja el día que me sentenciaron.

Se produjo un silencio, y David con su leve y tranquila sonrisa lo miro fijamente.

—¡Dios mío! — fue lo que atinó a decir.

Miguel Ángel no supo que responder ante la sorpresa y el dolor y desprecio que lo embargó.

Tragó saliva, y se marchó antes que le salieran las lágrimas. Aquella tarde regresó a la casa sacudiendo la cabeza no podía entender y creer. Ese sentimiento susurrante por los abuelos que no conocieron, no se correspondía con la impresión que tenía de pensar en aquel viejo que debió sufrir lo peor sintiendo que la vida se le escapaba.

Miguel Ángel, caminó por la ciudad abrumado por la idea, se resistía a aceptarlo. El murmullo de los carros, le impidió seguir manteniendo sus cavilaciones. Confundido llegó a la casa, no era fácil pensar que David tuvo su grado de culpa. Rabia y tristeza lo embargaron, al punto que no notó que Alida, lo recibió sin mucho entusiasmo, como si lo acabara de ver.

Ella lo miró seria y silenciosa. A veces sentía una necesidad de expresarle ese “algo” que experimentaba con él, concurrían dos personalidades distintas, que actuaban, hablaban diferentes lenguajes y que pensaban también opuestamente.

Hubo noches, que permaneció boca abajo mordiendo la sábana. Se daba cuenta de que en su interior se desbordaban brutales y confusas emociones que la hacían sentir tan humillada, y rompía en sollozos, no se explicaba ni se atrevía a expresar esa oleada de sentimientos extraños.

Miguel Ángel, volvió a visitar al hermano y lo encontró en una situación lastimosa, su tez pálida revelaba pocas horas de sueño, las ojeras profundas, sus ojos se veían apagados, tristes. Nuevamente le planteó su intención. Ya había hablado con el vigilante. Le dijo que sería por unos días. Situación difícil e insostenible que cada vez lo llevaba a un abismo oscuro.

Miguel Ángel vio sonreír al oficial, era una sonrisa diferente a la de los otros policías. parecía un hombre serio, sin tacha, algo

raro, con una mirada serena y una voz casi amable, con una mezcla de ironía, cuando le hablaba con firmeza, Un hombre alto, flaco y moreno que semejava temperamento, pero no lo era, a juzgar por el modo como había aceptado las cosas para llegar a esos arreglos. Aquel estado de corrupción descubierto por su actuación, prestándose complaciente a los sucios manejos en los que se involucraban; y quién sabe cuántos. Incluyéndose él.

Miguel Ángel respiró profundo. David, no asumía su responsabilidad, era capaz de maquinarse semejante condición y en él se despertaba un deseo piadoso que lo impulsaba con una fuerza increíble a protegerlo.

Ahí dentro tardó en comprender que David podía no regresar y solo pensar en esa posibilidad le daba escalofríos.

No podía confiar en nadie, menos en David, aquel lobo perverso.

De cualquier forma, su situación era peligrosa, encerrado se exponía a una muerte segura, y David en la calle, sabe Dios haciendo qué.

En cualquier caso, era muy peligroso seguir así. No estaba dispuesto a continuar viviendo ese terror constante dentro de la cárcel. Ver a los policías cuando revisaban los cuartos y todo lo volteaban, el miedo a ser descubierto; le provocaba sudores y eso que gozaba de la protección del guardia y dos delincuentes que David pagaba.

Una noche, cuando dormían entraron los policías a las celdas, los hicieron salir e ir al baño, abrieron las llaves de agua y los hacían entrar. El frío los entumecía. Sus ropas empapadas. El ruido de la alarma que había estallado en la cárcel, la hora, los gritos y risas de los policías, la esperanza que iba perdiendo, el miedo, la espera de David, todo le impulsaba a pensar que no seguiría apoyando al ingrato y manipulador hermano.

Una fresca mañana Miguel Ángel, regresó al barrio, desde allí contempló la luminosa ciudad. Se había tomado un tiempo para

reflexionar. Recordaba que David, al despedirlo le dijo: “Hermano, no debes confiar en la lealtad de nadie”

— Gracias, por el consejo le respondió Miguel Ángel con sarcasmo. Sabiendo que tenía razón. Yo te doy otro consejo: “Si algún día, logras salir de aquí, no robes, no mates, enmiéndate, no es eso lo que querían nuestros padres...”

—Vete al diablo, nadie, nadie está limpio de culpas, ya te has dado cuenta que ni las autoridades lo son. ja, ja ja ni la ley puede exigir ley. ¡Mierda! todo es una mierda.

Nuestros padres sí, Cosette y Joaquín Landaeta fueron personas sanas; además Don Ignacio Ricci, el hombre que lo estimulaba para que continuara estudiando y que cuando él parecía flaquear le decía: “Todos tus sueños serán posibles y realizables siempre que tú, los desees” Desde que lo conoció lo aconsejaba para que siguiera luchando.

Gracias a don Ignacio Ricci, el dueño de la tienda de antigüedades, donde él trabajaba aprendió a reconocer una pieza, a restaurarla, a buscar a través de la historia y ubicarla en el tiempo. Él le dio empuje y apoyo, cuando lo necesitaba, un tiempo para estudiar por los exámenes, a cambio Miguel Ángel, lo ayudaba en la venta, le organizaba la tienda. Le llevaba las cuentas y muchas veces le servía de compañía, lo acompañaba al médico y mantenía largas charlas que al viejo le daban un espacio, una luz ante tanta soledad. Después de haberse venido a Venezuela y haber acumulado varias posesiones; al quedar viudo, su hija mayor de 43 se fue a vivir con sus hijos y el marido a Italia. Los otros dos, varones vivían también fuera del país, Miguel Ángel no comprendía cómo pudieron abandonarlo.

Con más de cincuenta años de haberse venido de Italia, quedaba en su mente aquel recuerdo vivo. Solo deseaba que sus hijos volvieran a este país, que tanto le había dado. ¡Que vengan mis hijos con mis nietos! Quiero que se establezcan aquí, eso lo implanté en mi

testamento. Que vean este país hermoso; aunque tenga que morir. Decía con voz fuerte. Qué vengan a rendir homenaje a Venezuela.

Bajo diversos pretextos, ninguno de sus hijos venía a verle desde hace muchos años. Su testamento, documento corto y sencillo con mucha riqueza, estaba hecho desde hacía tiempo.

Los abogados, una vez notariado lo consignaron ante el Registro principal, el firmó una cláusula modificada, con mano temblorosa.

El apartamento dónde vivía quedaba en la planta alta, y en la planta baja funcionaba la tienda de antigüedades.

Aquel lugar se veía ensombrecido por la soledad del viejo, entonces apareció Miguel Ángel, atendiendo aquel llamado de trabajo con apenas diecisiete años y con la triste historia de que recién había muerto la madre. El muchacho, le hacía recordar a su hijo menor.

—De manera, que hace poco murió tu madre, que se llamaba Cosette— ¡Cosette! nunca le pondría un nombre de sufrido, de víctima o de mártires de novela a un hijo.

—Bueno muchacho tienes empleo— Fue el comienzo de aquella relación donde el respeto y el afecto fraternal se implantó.

Nada podía ser peor que aquella vez cuando el viejo, enfermó. La señora Juana quien lo atendía en la comida y los quehaceres de la casa, apenas llegó Miguel Ángel, lo llamó para informarle que el señor no se sentía bien. Inmediatamente lo trasladó a una clínica en San Bernardino. Fue atendido de emergencia, y le diagnosticaron un accidente cerebro vascular, que lo privó del habla. Durante varios días permaneció hospitalizado.

Por milagro, por esa fortaleza de hierro pudo recuperarse parcialmente. Su joven empleado, el muchacho del barrio, estuvo con él, apoyándolo, se quedó en la clínica sin tener que ver con trasnochos, cansancio. El señor Ignacio llegó a quererlo mucho.

Como una antigüedad más de su tienda, que tanto quería regresó a su casa desengañado.

Sin sensiblería pensó en su familia, nadie vino. Tampoco lo hicieron al morir la madre. ¡Qué hijos tan desprendidos! Solo aquel muchacho, que empezó limpiando cada pieza cuidadosamente, que cada día se compenetraba más con su trabajo. Ese a quien él le encomendaba visitar lugares, en busca de otras piezas, por qué tenía buen ojo, honesto, incapaz de cogerse un bolívar.

Llevaba la contabilidad, atendía la clientela con respeto y educación. Ese en quien depositó tanta confianza, solo en él encontró apoyo y ese afecto que necesitaba.

Le había enseñado todo sobre el negocio y hasta lo envió a la ciudad de Florencia “La cuna del Arte” como la llaman. Durante seis meses, estuvo allá realizando un curso de restauración.

Ese muchacho durante su enfermedad, estuvo a su lado, apoyándolo como si fuera su hijo.

La inmigración, trajo a don Ignacio Ricci, a este país ya adolescente, junto a sus padres comenzó trabajar labrando la tierra. Era tan sencillo que en un principio se negaba a creer que la muchacha delicada con quien él se había casado le había resultado tan vanidosa. Ella, solo pensaba en modas, perfumes. La atracción que ejercía sobre su mujer era únicamente física. A ella, poco le importaban sus cualidades y él por su parte desde que la conoció se sintió atrapado por sus encantos y su astucia femenina. No podía calificar su matrimonio de romántico precisamente. Glenda resultó una mujer fría e indiferente. Él sufrió mucho con esa manera de ser; sin embargo, tuvieron cuatro hijos. Ella no dejaba de aprovecharse de su estado financiero, que disfrutaba a su modo. Compraba muebles, alfombras, vajillas, cubiertos, cuadros, en todo lo que podía gastar, se reunía con un selecto grupo de mujeres que aportaban grandes cantidades a la iglesia para ayudas a los pobres, manifestando su filantropía, pero a él que pagaba las cuentas y sabía cuánto le costaba cada vestido no podía engañarlo.

Glenda Castro, su esposa había decidido que no se pasaría la vida cocinando pastas, horneando perniles, preparando fritura, pizzas y menos dedicada a labores del campo. Así que con el transcurso de los años, cuando Ignacio fue prosperando, comprando otras tierras, ella lo incentivó para que invirtiera en la construcción de apartamentos que vendería a buen precio e incrementaría su economía. Le tomó la palabra y así creció su capital.

Tuvieron cuatro hijos. Una hembra y tres varones. El menor murió en un accidente. Entre este y su padre hubo una gran compenetración. Le gustaba trabajar la tierra.

La pena y la desesperación al perder su hijo Gerardo, casi lo devastan. Este hijo era su compañía, la madre y los otros chicos vivían en la capital. Esto contribuyó mucho a ese estado de cosas entre ellos.

Todo lo relacionado con la producción de la finca dependía del trabajo del hijo menor, por eso se sintió tan abrumado ante aquel accidente. Entre ellos había una compenetración tácita y profunda. Igual que su padre cuando tenía sus años, al muchacho le gustaba la tierra.

Siempre se les veía juntos.

Contemplaban los animales, que se multiplicaban dando gran producción de carne, leche, queso... pasaba revista al material agrícola, administraba y llevaba al día la contabilidad, el manejo de los obreros. Ignacio escuchaba con agrado la opinión del muchacho y experimentaba una gran alegría interior. Con ese hijo encontraba una compensación a toda la pena y la amargura que su matrimonio le había proporcionado. Treinta años de paciencia, de aguante.

Don Ignacio, a sus 56 seguía teniendo un caminar ligero, era tan limpio y cuidadoso con su apariencia física como cuando tenía veintitrés, cosa difícil para alguien dedicado a las faenas del campo. Al igual que su hijo gozaban del aprecio y respeto de la comunidad.

Se sentía bien con su trabajo, a medida que la producción mejoraba, fue invirtiendo hasta compró un tractor, pidió un préstamo al banco y adquirió un carro que su mujer usaba con frecuencia para ir de compras al pueblo.

Ignacio fue equipando la casa, mejorándola, pero ella seguía hostil; solo tenía un deseo: vivir en la ciudad. Armó gran alboroto, que los muchachos estaban solos estudiando, que ella debía atenderlos lo que él no creyó, pues ella siempre había sido una holgazana. Mientras sus hijos estaban pequeños exigió una mujer para que se ocupará de los oficios y una joven para atender a los niños.

Cuando vino lo del reumatismo, que lo mantuvo en cama durante varios meses, su esposa se quejaba constantemente por haber dejado los hijos en Caracas. Sentía que algo en él moría. Después ella logró convencerlo que debía irse.

A él le costó adaptarse, a la ciudad. Fue cuando se le ocurrió remodelar la casa que había comprado en Altamira. Glenda, durante esos días casi fue amable y se adaptó a la ciudad como si siempre hubiese vivido allí.

A él si le costó. El bullicio de la ciudad, el estar sentado, esperando que transcurriera el día, a veces se iba al cine para ver el comienzo de una película sin final, porque se dormía durante la función.

Muchas veces el anciano, se marchaba sin saludar a la esposa, y a la hija para no interrumpir sus dichas conversaciones en el amplio comedor donde tomaban el desayuno. No lo invitaban ni a tomar un café. Glenda se mostraba tal como era, de haberla conocido no se habría casado con ella.

Largas caminatas se daban por esa calle arriba. En la plaza Altamira, contemplaba los faroles, casi escondidos entre las ramas, escuchaba el trémulo coloquio de la fuente, miraba las flores de los capachos rojos y amarillos que brillaban con la luz del sol, y al mediodía se retiraba a su casa. Otras veces se iba a Sabana grande,

le aburría ver las tiendas y nada le atraía. También frecuentaba el mercado de Chacao, allí disfrutaba; hombres alegres, ruidosos de viva mirada descargando las verduras frescas. Ignacio aspiraba el fuerte olor de la cebolla, del ajo, el sutil olor de la tierra, todavía adherido a las legumbres, aunque las lavasen. La calle en un completo embotellamiento, a cada instante tenía que apartarse para dar paso a un carro. Pensó poner una venta de verduras o de carne; pero su mujer y su hija se encargaron de cortarle los sueños alegando que eso sería muy penoso para ellas, ¡Verdulero! ¡Carnicero! no. Además, alegaron que estaba viejo, que la artritis, que eso le venía porque estaba habituado al trabajo de campo. Abandonó la idea, sintiendo que esos años de casado pesaban más. Después se le vino la idea de instalar la casa de antigüedades en la planta baja. Hizo algunos arreglos y estableció la vivienda arriba.

Madre e hija salían de compras por Sabana Grande, regresaban cansadas, cargadas de paquetes. Un día su esposa le comentó que Hilda, tenía novio, que andaban en eso, comprando el ajuar. Sintió una gran decepción por ese matrimonio que le causaba tanta amargura. Es que él no recibía la atención y consideración que se merecía. Glenda se mostraba tal como era; de haber conocido su egoísmo, ambición y poco sentimiento no se habría casado.

La hija se casó, se fue a Europa con el marido y más tarde los hijos, se fueron a New York para continuar estudiando. Así quedaron solos. Murió la esposa y ninguno vino al funeral.

Trabajaba, porque le gustaba. Era un hombre respetado por todos, su economía creció. A veces pensaba en el trabajo de la granja y sentía que era el más hermoso trabajo que había realizado, pero también comprendía que no podía, sus años, la tristeza ante la pérdida, del hijo amado y la artritis lo doblegaron.

A los setenta y seis años, ya con los hombros un poco encorvados tenía el paso ligero, pero la amargura de la soledad lo avasallaba. Nunca había nadie en casa para recibirlo.

Las llamadas telefónicas que recibía de sus hijos eran tan escasas que apenas si reconocía sus voces y cuando lo hacían era para solicitar dinero.

Era como una sombra que a veces caminaba indiferente por la ciudad. Pasaba los días sin hablar con nadie. Así era la vida en la ciudad, todos tan cerca y tan lejanos. Ruido y silencio. El aire nublado y apagado.

Desde el balcón de su apartamento, miraba la paz del cerro El Ávila casi se adormecía, entonces el estruendo de alas y el bullicio de las guacamayas que diariamente cruzaban el cielo hacía la montaña lo sacaban de su somnolencia, sentía el cálido viento de sus alas. Allí se quedaba el viejo hasta que la bandada de aves se ocultaba. La neblina bajaba del cerro para cubrir el valle de Caracas. La montaña erguida del Ávila se perdía en una densa y tupida neblina. Sentía frío y se iba a la sala. Miguel Ángel, cerraba la tienda de antigüedades y subía a hacerle compañía o a entregarle la relación de las ventas. Nada le agradaba tanto como las conversaciones que sostenía con el muchacho.

Unas lágrimas salieron de sus ojos y por un momento evocó el barco que lo trajo, cuando llegó al puerto de La Guaira, en compañía de sus padres. Aquí en Venezuela creció, estudió, trabajó, se hizo hombre y amasó una gran fortuna.

Envueltos en la tenue luz del salón estuvieron conversando. David, le pedía ayuda en memoria de su madre. Miguel Ángel, sintió que sus sentidos se turbaron. Parecía que el ambiente estuviera cargado de ella y fuera inevitable negarse.

El miedo por su propia vida y la constante pesadilla de esa lucha lo había desgastado mucho. Lágrimas de decepción, la tarde que vio

uno de sus compañeros de cuarto muerto. Le cubrió el rostro con un paño y con el corazón apretado escuchó las burlas de otros reos que bromeaban, pensando quién sería el próximo.

Acostumbrados a matar y a jugar con la muerte habían perdido todo sentido humano. Era la tercera vez que se quedaba allí, privado de libertad; aún no podía entender su debilidad y le parecía que al transcurrir los días en aquel lugar se había convertido en un montón de silencios, rencores, amor, culpa y todo ese sentir que destilaban aquellos presos.

Al entrar a la sala de visita, volvió a sentir aquella aprensión que parecía estrujarle el estómago. Sabía que se encontraría con su doble. Lo buscó hasta que lo vio sentado en un rincón. Por primera vez vio una mirada de cariño en los ojos de su hermano.

Por la buena conducta de Miguel Ángel lo habían trasladado a otro pabellón, con distinta consideración. Trataba de portarse mejor. David deseaba salir. Necesitaba dinero. Su tez pálida revelaba pocas horas de sueño. Las ojeras lo denotaban así. Sus ojos se veían tristes, apagados. Nuevamente le planteó su intención. Habló con fluidez, y le presentó a otro policía que se ocuparía de dejarlo salir.

A pesar de no compartir en absoluto sus acciones, su temperamento, su melancolía, su fuerza interior, despertaba un poco de admiración. Admiración por ese sentido de maquinar semejante idea, de plantearla y hacer cómplice a la autoridad y conseguir despertar en él, ese deseo piadoso que le impulsaba con una fuerza increíble a protegerlo una y otra vez. En sus vidas rondaba una inseguridad, una independencia que a ninguno de los dos les gustaba, pero cada vez se hacía más necesaria.

Pensó en ese mundo perverso, que se vivía ahí dentro. Tardó un rato en comprender que otra vez David salía a la calle a seguir cometiendo sus fechorías. El policía, lo empujó para sacarlo de su abstracción. Lo llevó a su celda, y le hizo las advertencias consabidas.

Esa tarde, Miguel Ángel, al visitarlo, se sentía muy contento, había recibido la carta de culminación de grado, estaba de vacaciones en su trabajo, en plan de recoger algunas cosas que se llevaría a su nueva residencia. Decidido a dejar el barrio tal como se lo prometió a Alida. Ahora esto lo complicaba todo.

Repentinamente tuvo miedo, si lo descubrían, si David no regresaba. ¡Horror! Todo su esfuerzo, su reputación, su vida se derrumbaría. Aquella noche fue casi como la primera vez; no podía dormir. A su mente le vino el recuerdo de doña Florinda, quien muy vieja se dedicaba a cuidar los hermosos rosales que sembró frente a su casa, y cada rosal representaba un hijo perdido.

Esa señora cordial, entusiasta y rolliza, tenía una mirada trágica y el rostro de una mujer maltratada por la vida. Sus labios anchos y arqueados mostraban ese rictus amargo de los sinsabores de la infidelidad y maltratos del hombre alcohólico. Era una mujer valiente que había afrontado, y ganado, la lucha con la vida. Cuando decidió abandonar a su marido, una historia común que no lo era para ella. Doña Florinda había aguantado golpes, maltratos verbales, amenazas, súplicas, hasta que un día empaquetó sus cosas y la ropa de sus hijos y se vino a la ciudad, a un viaje de pesadilla.

Lloró durante meses, hasta que sus ojos fueron dos hendiduras en su rostro hinchado. Pero solo lloraba en secreto, y muy suavemente para que sus hijos y aquella amiga que la acogió en su casa no la oyeran. La mujer, pueblerina, aún joven, con una voluntad de hierro y acostumbrada a los trabajos fuertes, se hizo limpiadora, cocinera para muchas familias en las mejores urbanizaciones del este de Caracas. Había alimentado y vestido a sus tres hijos, los había enviado a la escuela; se habían convertido en unos admirables muchachos. Después cuando ella se fue al barrio, en busca de un techo propio, fue cuando se descarriaron.

Hubo días en que comenzó a sentirse cansada, débil y extraña, apenas podía llevar a cabo el trabajo de la casa y el de afuera. Su hijo Marco Aurelio, que ya trabajaba le pidió que dejara el trabajo. Al principio, ella se negó, luego el acuerdo de un descanso temporal.

Nuevas fuerzas parecieron correr por su cuerpo, como en una segunda juventud. No tenía mucho que hacer, su casa la mantenía reluciente. Los hijos comenzaron a llevarle dinero y ella cargada de energía buscó unos hombres, que dirigió para levantar las paredes. Su nueva vida le dio otro sentido a su existencia. Acostumbrada a servir en casa de ricos, imaginaba su casa bonita y parecida. Los hijos la apoyaban en sus proyectos. Fue así como logro tener aquella casa que sobresalía en el montón de ranchos.

El menor de los muchachos, desde los dieciséis años, había llevado una existencia misteriosa, en un mundo de objetos mecánicos; le decía que trabajaba de ayudante en un taller de reparación de autos, con frecuencia llevaba motores y repuestos de carros que luego vendía. Cuando aparecía con la ropa sucia de grasa y el rostro lleno de sudor, ella le servía la succulenta y caliente comida y cuando él llevaba el plato al fregadero con la intención de lavarlo le decía:

—Ve a descansar hijo— Lo haré yo.

Florinda no volvió a trabajar fuera de su casa. Las familias le hicieron saber la falta que le haría.

—¿Que vamos a hacer sin usted Florinda? El lavado, la limpieza y su comida tan sabrosa...

— Encontrará a alguien.

—No como usted Florinda.

—Vendré alguna vez a ayudarla, sin que lo sepa mi hijo.

Pero fue imposible, Marco no lo hubiese permitido y ella le tomó el gusto a eso de levantarse más tarde. Aunque bastante tenía que hacer en la casa. Lo único que lamentaba era la libertad perdida,

pero amaba la proximidad y la atención que ahora podía brindar a sus hijos.

Ahora que debería estar contenta y feliz, estaba inquieta. Se veía rodeada de un lujo como jamás había soñado en su pueblo natal. Algo faltaba, sospechaba que no todo iba bien. Comenzó a ser demasiado minuciosa, demasiado meticulosa. A menudo regañaba a los muchachos, sobre todo al que llamaban chapulín, quien salía en la noche y siempre traía un cuadro, un jarrón, piezas hermosas para decorar la casa. Tarde comprendió que sus reproches no lograrían enderezarlos.

Entonces se censuraba por haber dejado al marido, sentía que le faltó el carácter del padre.

Ella decía que las cartas le habían dicho que su vida sería un calvario y si continuaba con él seguiría siendo víctima de sus golpizas; motivo por el cual abandonó su hogar. Positiva y competente se vino con sus pequeños a la capital. Ahora que no tenía a sus hijos se dedicaba a la brujería, eso de leer las cartas, leer el tabaco y tenía fama de predecir con precisión el futuro. Así se ganaba la vida después del trágico desenlace de sus hijos.

Una mañana que coincidieron puerta a puerta, se lo dijo: “Cuídate Miguel Ángel, no está bien lo que haces por tu hermano, él te manipula, tu eres débil de carácter y eso no va a tener buen fin. O le das un punto final a eso o te vas a poner la soga al cuello. Déjalo, que él asuma su responsabilidad. Su desenlace, su caída está cerca.”

Esas palabras, causaron un estremecimiento junto a la duda. Creer o no creer. No nadie, solo Dios podía saber el fin y cuando llegaría. Pensamiento que logró tranquilizarlo.

¡Sí, basta de debilidad! no volveré a ser un juguete en manos de mi hermanito, ¡no! me lo prometo si vuelve no le aceptaré más su chantajito. Pensó con firmeza en el momento que se encendieron

las luces y un fuerte ruido se escuchó, mientras varios vigilantes abrían las celdas.

— Vamos a bañarse Todos— Se escuchaba a través de un altavoz.

Días más tarde, el policía sobornado, aquel cómplice corrupto le notificó que el próximo jueves, durante la visita regresaría David, y que le haría entrega de un paquete que debía llevar a la celda y colocaría bajo el colchón, y más tarde vendría a recogerlo. Nadie podía verlo. Si se descubría él quedaría allí para siempre. Una sensación angustiante de miedo lo hizo vacilar. La tristeza se apoderó de él, era como si toda la tristeza que sintió cuando perdió a sus padres, cuando supo lo del abuelo se hubiese concentrado en ese momento. Los presagios de la señora Florinda también se agolparon en su mente. Un escalofrío le erizó la piel. ¡Acaso un presentimiento de algo malo!

El esperado día llegó. Tomó todas las precauciones y cuando llevó el paquete a la celda sintió que el grueso fajo de billetes quemaba su mano. Lo colocó en el lugar acordado y salió apresurado rumbo al baño donde le esperaban para hacer el cambio de ropa. Cerró la chaqueta y subió el cuello. David quedó en la celda, taciturno y gris. Hubo momentos que se preocupaba por el futuro y hasta llegó a sentir pena por el hermano que no sabía hacer su papel de pillo, pero la ignorancia y los malos sentimientos son enemigos terribles.

Durante muchos días, mientras estuvo encerrado, el invierno azotó fuertemente la ciudad, inundaciones, derrumbes y hasta un hombre fue arrastrado por las aguas del río Guaire, que subió su caudal arrastrando enseres de las casas que se derrumbaron en algunas barrios de la capital.

Al salir a la calle, Miguel Ángel sintió la brisa húmeda y penetrante que golpeó su rostro haciéndole parpadear. Subió a un taxi. La larga cola de carros hacían sonar las cornetas, todos tenían prisa.

La radio anunció un derrumbe en el barrio La Silsa y se apresuró, allá estaba su mujer.

Todo le parecía irreal, después de haber estado veintidós días en la cárcel. Descendió del vehículo y caminó apresurado. Ella asomó la cabeza por la ventana, como una niña corrió hacia la puerta. Él sentía una sensación de gozo. La tomó por la cintura o lo que quedaba de ella. En el momento él no se dio cuenta de lo avanzado que estaba el embarazo.

—Yo tenía mucho miedo que no regresarás, con tanta lluvia. Decía su mujer, sintiéndose más tranquila.

—Sí, lo sabía, tenía miedo— a la Señora Florinda, se la llevaron al hospital, y sabes al hijo lo rescataron; apenas pude ver a un hombre flaco, con una larga barba. Los bomberos lo llevaron en una camilla la gente decía que era “El Emperador” se veía muy mal, dijeron que iba más muerto que vivo y que le había llegado el fin. — hablaba con apuro.

Nerviosa Alida, hablaba sin parar. —la parte de atrás de su casa se derrumbó y una parte de aquí, del otro cuarto se desbarranco un poco, ven para que veas. ¡Tanta lluvia! Tenía miedo que no regresarás... pero mira pude salvar tus ahorros.

— ¿Mis ahorros?

—Sí, aquí están. Nunca imaginé que pudieras tener tanto; menos mal que una noche te vi guardarlos; tuve curiosidad y busqué. Me sorprendió tanto dinero o ¿es del Señor Ignacio? —

Ella buscó el paquete y se lo entregó.

Él, sorprendido, lo abrió y contempló una gran cantidad de billetes, aparte envueltos en una bolsa plástica un fajo de billetes de dólares. ¡Ah! Tenían que ser de David. Volvió a sentir aquella sensación que sintió cuando tocó los billetes del policía, allá en la celda. Un dinero, seguro producto de sus fechorías. En una pequeña bolsa su pasaporte. ¡Conque era eso! David pensaba irse del país

con la intención de dejarlo a él cumpliendo su pena. ¡Desgraciado! La rabia lo aturdió. Alida, continuaba hablando.

— ¡Qué bueno que te vi guardando el dinero ahí! Sabes cuando el piso se resquebrajo, corrí y lo traje. ¡Ay! no sabes la angustia que tenía, se podía derrumbar la casa y tú no terminabas de llegar,

—Vámonos Alida, vámonos. Recoge lo que consideres necesario y vamos.

Él tomó el retrato de los quince años de su madre y otro donde aparecía su padre con ellos pequeños.

Meses atrás había firmado un contrato con un banco que le facilitó un crédito para vivienda, con prisa busco las llaves del apartamento y salieron bajo la lluvia.

Al principio se aterrorizó, después casi se sintió enfermo. No sabía qué hacer. Si entregaba el dinero a las autoridades, vendrían las investigaciones y se hundirían los dos. ¿Cómo lo explicaría?

Muchos días permaneció acostado, en su nueva vivienda, casi sin apetito, la barba le creció, su mirada tenía un velo de tristeza y el miedo lo oprimía.

El temor lo hacía tener pesadillas, sueños en que se veía perseguido por la policía. El sonido de las sirenas de las patrullas lo sobresaltaban con frecuencia y a esto se le sumaba el embarazo de su esposa. Acaso... La duda, los celos le corroían el alma. ¡David, había besado y poseído a su mujer, mientras él estuvo bajo la tortura de verse privado de libertad por ese aprovechado!

Era extraño, pero no quería ni mirar a su mujer.

Una tarde que se animó a salir, al regreso ella lo recibió con una sonrisa de candorosa ternura, lo beso. Recibió el beso, pero su semblante debió expresar a su mujer ese sentimiento de humillación.

— ¿Qué te pasa, Miguel Ángel?— Te siento tan extraño, no hace mucho me decías quererme, me besabas, pasamos momentos tan dulces, tan apasionados...

—Cállate. No, no pasa nada— Él se obligó a sonreír.

Era tan ingenua, que él no tuvo duda de que no comprendía la anormalidad de la situación y le estaba mortificando en su orgullo. Pero, ¿Cómo se lo diría? Podría comprenderlo, sin afectarse — ¿Es qué estás aburrido de mi?

—No nunca... No te preocupes— le contestó.

Ella se retiró a la cocina para calentar la comida. Después estuvo pensando sobre algo que escuchó en su pueblo de hombres que no desean a la mujer durante el embarazo.

Si, seguro era eso lo que le estaba pasando a su marido. Su matrimonio, ahora que vivían en otras condiciones, en un apartamento pequeño pero cómodo, su relación la hacía sentir una honda soledad. Y él, que sentía su unión como una mezcla de algo hermoso y de sexo apasionado, ahora la duda penetraba su corazón como un animal ponzoñoso.

La mente sencilla de Alida, no comprendía tal fenómeno. Él había dejado de reír, no anhelaba el deleite que como amante le prodigaba.

Miguel Ángel la contemplaba con su vientre crecido. Pero, ¿de qué servía preocuparse?

Estaba dentro de un rompecabezas. Allí, en el interior del vientre el niño pataleaba. Ese niño le había cambiado la vida. El creciente malestar, que lo invadía al verse a sí mismo como un cornudo y pensar cuánta culpa tenía, no lo dejaba en paz.

¡Qué vergüenza! Pensaba que todos lo miraban con desdenosa tolerancia. Tampoco debía creer eso, seguro nadie lo notó. ¡Eran tan parecidos!

Una súbita piedad, lo invadió hacia aquella joven, que era su mujer. ¡Pobre! Acaso no era él, el culpable de aquel complejo dilema y furor contra sí mismo. Acaso, no fue él quien se confió, quien permitió. Aquella noche y otras, trato de hacer el amor con su mujer. No pudo, no funcionó.

Se sentía turbado. Nada volvió a ser lo mismo. Intentó hacerse fuerte y volver a la vida normal; pero no encontraba como hacerlo. No sentía conexión alguna con ella. Sus besos eran insípidos. No podía llamar el deseo. No era una simple discapacidad. Ya no podía dejar de pensar en su hermano, con ella. Era una pesadilla. El tiempo pasó lastimosamente. Casi se vuelve loco, no lo entendía y se preguntaba: ¿Quién sabe si podré aceptarlo? A veces se iba a la casa que fue de sus padres, allá en La Silsa. Todo le parecía siniestro. La casa, el barrio, su hermano con ella, su cuerpo, la cárcel. Un letargo lo invadía.

Transcurrieron cinco meses. David estaba en la cárcel ansioso, esperaba la visita de su hermano. No podía sacarse de la mente a Alida, deseaba volver para hacerla suya. Con frecuencia se preguntaba si, ¿había llegado ella al fondo de la realidad?

Era indudable que ella se había entregado físicamente, pero en otro sentido no se evidenciaba señales de un razonamiento significativo hacia su propio marido.

Deseaba poder salir y encontrarla en la cama, durmiendo y despertarla con sus besos.

A menudo venía a su mente escenas de violencia, de maldad, de vidas que se apagaban. Sacudía la cabeza y reía como un histérico, sin parar. Era la forma de liberar la tensión interior. Entonces los otros reclusos pensaban que estaba enloqueciendo por tanta maldad y le temían.

Algunas veces recordaba a los compañeros de fechorías, a los muchachos del barrio. Para él era: “Aquel triste lugar”. Su imaginación lo evocaba con sus casas de madera y de bloques de arcilla, sin frisar. Sus ancianos pálidos y delgados que lo miraban con desprecio. Los niños contemporáneos con él, blancos, negros, flacos que no querían jugar y se alejaban porque sus madres les decían: “No te juntes con

los morochos, porque hay uno que es malo, muy malo” A veces le parecía que no había vivido allí, que era un sueño.

Ese lugar con hambre, con frío, oscuro por el dolor, un dolor diferente que le hizo buscar la riqueza bajo riesgos porque no quiso ser un hombre resignado ante la pobreza.

Esos recuerdos brotaban de su mente, no le parecían de su vida, era como si alguien se los hubiera contado. Le gustaba lo bueno, le gustaba la comodidad y el lujo de un buen hotel, por eso había pensado que se iría a otro país para hacer otra vida y quizá se llevaría a la mujer de su hermano.

Nunca había tenido la intención de quedarse a vivir en el barrio para él era un lugar espantoso, nadie lo conocía tanto como él. Sabía donde acechaba la maldad, donde esconderse y donde la violencia jugaba al más fuerte.

La conciencia a veces le reprochaba por haberse comportado así, con quien le había apoyado sin condiciones; aunque si lograba Salir, volvería a estar con su mujer. La barba le crecía y sus compañeros de celda, aunque le temían y sabían que no tenía nada de santo decían que se parecía a San Agustín.

Había cierto rencor, como el del hermano al que reconoce y respeta a pesar de todo. Pero la tarde que fue a su casa a guardar un dinero, se asomó al cuarto y la vio con el secador de pelo en la mano, frente al espejo recordó aquel beso furtivo, su cara de asombro y de rabia. La actitud de princesa altiva que tanto lo desconcertó. Quiso volver a sentir su calor, la suavidad de sus labios, se acercó, le quitó el secador, lo apagó y comenzó a besarla con pasión, la tomó en sus brazos y la llevó a la cama.

El silencio era inmovible, imponente. Ella tocó su rostro con sus dedos finos, recorrió su cara, como buscando una diferencia. Él sonrió al pensarlo. Después rio con alegría, una alegría íntima. Ella lo besó. Él estaba perplejo. Esta mujer quiere a mi hermano de

verdad; yo nunca he tenido un amor verdadero. Trató de contenerse. No pudo más.

Desde entonces David, se encerró en un mundo en el que solo ellos existían. Siguió hundido en ese mundo, cada vez que la miraba se encendía su pasión. Aquellos labios parecían pedirle a gritos que la besara. Su piel suave era la más divina tentación. Entonces recorría su cuerpo encendido. Le quitaba la ropa con delicadeza. Quería detenerse. Sabía que poseerla lo condenaría más.

En el hueco de su mente danzaban estás palabras que dijo un sacerdote en un sermón, cuando daban misas a pleno sol en la calle principal del barrio. “No desearás la mujer ajena” y él se decía a sí mismo “menos la de mi hermano” Pero continuaba. Era como una adicción. A veces contenía las ganas de gritarle “No” y decirle soy el otro. Después vinieron muchos días en que se recriminó su falta, su insensibilidad y volvió a la cárcel.

La mente sencilla de Alida, no pudo establecer diferencias. Miguel Ángel a veces tenía sus arrebatos pasionales y ella vivía con intensidad el deleite que como amante le prodigaba.

Muchos reproches rondaban las mentes de estos muchachos. Desde diferentes situaciones ambos se preguntaban ¿Qué hice para descarriar mi vida?

Miguel Ángel, se decía a sí mismo: “Quiero a mi esposa, desde que nos casamos no he deseado a otra mujer. Ahora surge la duda. Veo su vientre crecido, no sé si será mi hijo o de mi hermano. No hemos hablado de esto, no sé si ella lo sabrá. Es absurdo. A veces su silencio parece un reproche. ¿Para qué? Expresarle mi duda, mi reproche. Si se acostó con David, yo he sido culpable ¿Cómo pude confiarme así de él? y quizás hablarle de mis dudas le puede doler, sentirse ofendida. ¿Acaso ella habrá notado la diferencia? Un gran dilema e inquietud recordaba:

“La tarde que advertí la situación, me fui al otro cuarto, ella me preguntó si me sentía bien y le contesté que quería estar solo.

Tampoco es fácil revelarles esta situación a mi mujer. Desde el momento en que comprendí el terrible engaño sentí una rabia por mi hermano, ese malvado, inescrupuloso. La traición de ese mi hermanito de sangre, mi hermano gemelo me sobrecogió de espanto, el horror, la ira.

Ella me vio palidecer.

— ¿Qué sucede Miguel Ángel?

La deshonra era irreparable, vergonzosa, con las manos crispadas, sin poder asimilarlo salió de la habitación. Inquieto, angustiado no pude dormir durante varias noches. En mi mente bullía esta pregunta ¿Cómo pudo hacerse pasar por mí, ante mi mujer, mientras yo estaba en prisión? Entonces me alarmé. ¡Claro! Me expongo a un terrible peligro de que me sustituya. Indudablemente está tejiendo un plan para quedarse con mi personalidad, mi mujer y usurpar mi yo. Lívido, indignado, completamente turbado la miré, miro aquel cielo deslumbrante, miro el suelo, cubierto de aquella tierra tostada.

Alida era una joven inexperta y sumamente orgullosa. Decirle algo la haría sentir terriblemente ofendida. Así que, sin pronunciar palabra, salió. Llevaba la cabeza erguida y las mejillas encendidas. Los ojos en esfuerzo por contener las lágrimas, le brillaban. No veía nada.

No quería recordar aquella tarde. La mirada de mi esposa me inquietaba. Él la sentía lejana y ella parecía sentirse culpable, los dos nos sentíamos culpables de nada. Ella decía que mi alejamiento se debía, posiblemente al embarazo. Yo sentía aquel embarazo duro y amargo. Ella dormía mucho por él y su silencio era como un reproche hacia mí. Ella no hablaba de su embarazo y yo lo agradecía, pero sentía en mi corazón un mar de reproches, de eso de traición, de

arrepentimiento. La presencia manchada de mi hermano se hacía frecuente, su recuerdo me envolvía en algo turbio.

Conseguí una cita médica, el doctor me examinó exhaustivamente. Me dijo que no presentaba ningún trastorno físico, que yo era muy joven y que no había nada que justificara mi impotencia. La causa está en otra parte, algo mental le está fastidiando, y me dio una orden para verme con un psiquiatra.

En la primera consulta me hizo tantas preguntas, que lo sentí como un policía. Entonces tuve miedo, por momentos me sentí acorralado y traté de evadir ciertas respuestas, que podían comprometerme en relación con mi hermano. Tuve miedo. Turbado y lleno de confusión salí del consultorio, sintiéndome acosado ante todas sus preguntas y sugerencias.

—El daño está en su mente, usted oculta algo, no lo dice todo, y eso me impide conocer con claridad lo que le sucede.

No podía hablarle claro, eso sería condenarme, podía parar en la cárcel por encubridor, por usurpar la identidad de mi hermano y no era justo. No soy malo amo a mi mujer y hasta mi hermano con todo lo que es, soy honesto y no sé como fui cayendo en esas redes venenosas, manipuladoras de mi hermano, que me las tenía bien puestas; cuando yo quería zafarme me decía: Recuerda que prometiste a mamá cuidarme, protegerme, ayudarme en todo. Ándale, déjame salir de aquí unos días, mira estoy jodido, hastiado de este encierro, estoy seguro que mamá no hubiese querido esto para mí...

Yo le hacía mil reproches, pero finalmente accedía. Íbamos al baño, bajo la complicidad del policía vigilante, nos cambiábamos de ropa, él vestido de mí salía a la calle, yo con su ropa de internado me quedaba en la cárcel vestido de él, vestido de ladrón, vestido de malvado. Así, ambos disfrutábamos o sufríamos por temporadas las calamidades de la libertad y la prisión. Sin darme cuenta me fui

haciendo cómplice involuntario de David. Durante dos años nos burlamos de la ley, de la sociedad y de nuestros sentimientos.

¿Cómo explicarle esto al doctor?

Me daba miedo, no temía solo por mí. También por los seres que amo. Ahora duermo mucho. El psiquiatra me dijo que eso era un síntoma de depresión. Además, sueño. No recuerdo lo que sueño. Antes soñaba y recordaba, me despertaba asustado, me veía perseguido por la policía, o nos perseguían a los dos. ¡Terror! Sí, es lo que siento.

—¿Recuerda algo en particular? — Me dijo el médico

—No, bueno lo habitual— Respondí mientras pensaba que no volvería a la consulta.

Ahorraré ese dinero, me iré de vacaciones con mi esposa, unos días entre el sol y el mar y la impotencia se iría sola. De cualquier modo, no podré demostrar con certeza si es mi hijo o de él. Me siento como el amante asustado, pensando que David pueda escapar y regresar.

Muchas veces caminé dentro de la vivienda sintiendo cada paso resonando a mis espaldas, como si mi hermano me siguiera, entonces siento que soy y no soy.

Este hombre pregunta mucho, más que médico parece un detective. Sí, policía y psiquiatra son parecidos en lo perverso y en lo preguntones. Son como mi hermano y yo. Nos parecemos en lo mentirosos, en lo maquiavélicos, en la agilidad mental para responder a los policías, en lo teatreros; porque si podía llamarse un teatro con dos actores principales y el escenario la prisión. Y David usurpando mi papel de esposo en el barrio. ¡Qué vaina! ¿Cómo me fui dejando enredar? No hay nada más aterrador que un enemigo íntimo, ni nadie tan peligroso como un enemigo conocido. No he debido confiar en mi hermano, ese de quién fui como un padre. Ese hermano tan resentido y oscuro. Pero, como desconfiar de los seres

que amamos. ¡No es fácil! Me equivoque, peleando en una guerra que no era mía. Me confundo, con frecuencia siento que soy y no soy.

El enemigo perdió su poder el día, que Miguel Ángel lo enfrentó. Cada vez que regresaba a casa, el esperaba un gesto de Alida, quién permanecía envuelta en su mutismo. Cuando dormía soñaba y seguro era con David.

Una noche, antes de dormir teniendo esa barrera entre ellos, se despertó al escuchar un gemido ronco en la habitación, esa habitación que ya no compartían. Entonces al asomarse la vio.

Un movimiento brusco sacudía sus piernas. Un grito y se sentó en la cama con las manos en la cabeza, sollozaba. Él sabía que había soñado con David. Ella decía que fue una pesadilla.

—Te vi, bañado en sangre— decía. Solo eso, no recuerdo nada más.

Se quedó dormida, ocultando bajo el sueño aquel secreto. Sin duda llegó a amarlo más que a él. Y él se plegaba a ese recuerdo por cobardía. Decidió visitarlo, ir otra vez a la cárcel, enfrentarlo.

Por la buena conducta del “Falso yo”, David había sido trasladado a otro pabellón, donde gozaba de otra consideración, entonces trataba de portarse mejor, era lo menos que podía hacer para agradecer la oportunidad que le daban. David deseaba salir. Necesitaba dinero para conseguir todo lo que allí se conseguía y él lo tenía, lo había dejado escondido en la casa, además podía conseguir más...

Aquella tarde parece que ambos pensaron en vengarse uno del otro. Miguel Ángel pensó visitarlo por última vez, hacerle saber lo de su mujer y dejarlo allí hasta que cumpliera su condena.

David, pensó que saldría y nunca más volvería a la prisión. Bueno le dejaría en aquel pabellón donde recibiría mejor trato. Esa sería su venganza con una dosis de bondad. Sentía aquellos lazos de sangre que los unía; por momentos lo hacía sentir mal, él sabía

que su hermano, era de buen sentimiento, por eso se prestaba para ayudarlo en sus maldades.

Algún día lo dejaría y eso sería definitivo en sus vidas. ¿Qué pasaría si los dos llegarán a estar privados de libertad? O si a él le quitaban la vida como había sucedido con algunos de sus compinches. Él en el cementerio y Miguel Ángel en la cárcel, pagando injustamente... Sacudió la cabeza, no podía dejarse invadir por sentimientos.

Miguel Ángel, no podía continuar exponiendo su existencia, complicándose y sabiendo que su hermano le arrebatara parte de su vida, llevándolo a confrontar situaciones provocadas por su maldad.

Cuando estuvieron frente a frente, lo miro con ojos de asombro. También David lucía una barba. ¡No podía explicárselo! Él que se dejó crecer la barba con la intención de que no hubiese confusión. ¡Caramba! Se sintió turbado. Era como si mirara su otro yo. ¡Qué ingeniosa estratagema! La rabia lo invadió. Sus recuerdos fluían como la sangre de una herida.

—No creas, que voy a seguir con el jueguito. Hemos llegado muy lejos, pero tú, perdiste el camino de regreso. Eso de seguir apoyándote, no puede ser, no voy a seguir peleando guerras que no son mías.

—¿Qué te pasa pendejo, te vas asustar ahora? Yo, puedo acusarte de cómplice y hasta decirlo todo invertido. Tú perderías más.

—Me hiciste tu cómplice, no tenía por qué llevar ese peso sobre mi espalda—

—Bueno, ya pasó, necesito salir y...

—¿Salir? Saldrás de otra forma, por mí olvídalos.

—Tengo mis razones, Miguel Ángel, entiéndelo.

— No me importa las razones, eres un asesino, has querido matarme hundiéndome en este hueco.

— Hermano, no puede ser que ahora me veas como a un enemigo— Dijo con suavidad

—Enemigo, es el que te condena al silencio y a la soledad, sin pensar en el daño que causa. Me equivoqué contigo, toda mi vida he vivido, equivocado; no soporto más esta situación. Figúrate si uno no puede confiar en su hermano, en ese de quién fui como un padre. Te pasaste David, acostarte con mi mujer. ¡Grosero! ¡Traidor!

— ¡Ah! Conque eso. Me gustó tu mujer ¿Y qué? No olvides lo peligroso que soy y que tengo influencias aquí.

—Nadie más peligroso, que un enemigo íntimo, ni nadie más peligroso que un enemigo conocido, eres un resentido, oscuro y malvado. Cómo desconfiar de un hermano. ¡No es fácil!

En esta discusión se encontraban. David, no se dio cuenta que el vigilante con quien él, hacía sus tratos, fue sustituido. Cuando hizo la señal a otros reos para que se llevaran a su hermano, al baño y lo obligaran a desnudarse, estos no se movieron.

El nuevo guardia, atraído por la discusión se acercó despacio. En ese momento se le cayó el rolo, haciendo un gran estruendo, eso le hizo pensar a Miguel Ángel que debía retirarse, ya no estaba dispuesto a seguir sacrificándose por su hermano. Era un sentimiento especial haber vivido en la cárcel. Desespero, repugnancia, horror, miedo a la muerte. Mucho sufrimiento junto.

—¿Sucede algo aquí? Preguntó el guardia después de recoger el rolo.

— Nada Señor, ya me voy estaba despidiéndome de mi hermano— Respondió Miguel Ángel

—Hace bien, la visita ya termin— y miro el reloj de pulsera.

Contrario a lo que pensaba, David ni con la mirada le reprochó. Tomó su mano con compasión. Él, le apretó los dedos.

—Hermano viste, me estrellé— Su voz se oía cansada y sus ojos se veían húmedos.

Allí quedó callado, volteó a mirarlo, iba cabizbajo en fila con el grupo, rumbo a sus respectivas celdas.

Miguel Ángel salió descorazonado sintiendo la frialdad de aquellas paredes y preguntándose si lo de la barba, fue coincidencia o acaso también David tenía compinches afuera.

¡Esto le causó gran sobresalto! entonces pensó que debía extremar su cuidado. El hecho es que, con la fidelidad, que se guardan los bandidos, seguro alguien lo vigilaba.

El resto del día estuvo deambulando por las calles de Sabana Grande, almorzó en un restaurant, se fue a casa, se acostó vestido y se durmió tarde. Apenas se despertó una idea bullía en su mente: “Se mudarían a otro lugar”

Por primera vez en su vida Miguel Ángel sintió paz. Se sentía un hombre nuevo. ¿Cómo juzgar a un policía cruel o a un delincuente? Salió apresurado. En ese instante supo con certeza que ya no compartiría más con David.

Fue a la iglesia, donde el sacerdote, que visitaba a los presos ejercía sus funciones, él sabía por confesión, sobre la actuación del “Falso Yo” Largo rato conversaron. Se despidieron y Miguel Ángel recibió su bendición.

Después, se arrodilló ante el altar, donde un Cristo de ojos tristes lo miraba. Su temor desapareció. Oró. “Padre nuestro que estás en el cielo...” Jesús guíalo.

Pensaba en su mujer y en su hijo. Sí, su hijo, ese pequeño sería su hijo. Lo decidió aquella tarde que Alida se sintió mal, un pequeño sangrado. El médico le recomendó reposo y le alertó sobre el peligro de perder a la criatura. Entonces a él le invadió una súbita piedad hacia su mujer, hacia el niño. Se sintió culpable y se le desató un furor contra sí mismo. Después se sintió avergonzado. ¡Tonto prejuicio! ¿Qué importaba? La vida de ella significaba mucho para

él y la vida del bebé ¿Acaso esa criatura tenía culpa de los errores cometidos por los adultos? Una honda compasión le movía.

Después de permanecer tres días hospitalizada, la llevó al apartamento que ocupaban desde hacía poco tiempo. Al salir del ascensor y abrir la puerta, la tomó en sus brazos y la llevó a la habitación. Tomó asiento al lado de la cama, una débil sonrisa se asomó en los labios de su mujer, su semblante desencajado mostraba sus ojos con una mirada trágica. Él permaneció silencioso y atónito.

Por un momento pensó en la oscuridad de la muerte. El pánico lo invadió. ¡No, eso no! La amaba. Tomó asiento al lado de la cama de su mujer, y escuchó la respiración pausada, su rostro se veía desencajado, entreabrió los ojos y lo contempló de un modo distinto. El permaneció a su lado, por momentos lo atormentaba aquel pensamiento, pero sorprendido del temor de perderla lo acongojaba, parecía que la oscuridad de la muerte rondaba en la habitación. Los ojos de Alida, a veces lo miraban fijamente con una inmovilidad profunda.

Entonces, él se inclinó, besó su frente y tomó su mano con cariño.

—Miguel Ángel, no me estoy muriendo, ¿verdad?

—Claro que no, amor pronto estarás mejor. Reposa, aquí estoy contigo. Amor mío, descansa.

Él sintió el deseo de acariciar el abultado vientre y con mucho cuidado lo exploraba, percibiendo los suaves movimientos del pequeño. Ella lanzó un pequeño suspiro de alivio. Cerró los ojos y sonrió con ternura. Los cuidados, la atención, el amor de su esposo le hicieron mucho bien.

Su matrimonio había sido una mezcla de algo muy hermoso y de sexo apasionado, la entrega había sido mutua no dejaría que los celos y la duda lo volvieran a perturbar; por eso salió esa tarde dispuesto a poner fin a aquella situación.

Pero la vida, se ocuparía de ponerle un fin definitivo.

Una mañana, un policía se bajó de una patrulla y preguntó si yo era el hermano de David.

Las manos me sudaban. Sin voz, afirmé con la cabeza. Permanecí un rato callado. Lo sabían. “Pero ¿cómo se enteraron? ¿Me traicionó! Pensé. Me pidió que lo acompañara. Lo hice sin oponer resistencia. Me llevaron en una patrulla. En el camino me informaron de su muerte. Cerré los ojos. Un policía me miro con una mezcla de lástima y desprecio. Por un momento me sentí humillado. No, no debía avergonzarme; sí estuvo mal hacerme pasar por él, pero en el fondo soy un joven honrado.

Me dijeron que había muerto desangrado en su celda, por una herida profunda que le propinó otro preso con un punzón. David, guapo, fuerte, joven y con su arrogancia despectiva había traspasado al mundo de la eternidad.

Físicamente éramos casi iguales. Su retrato era un reflejo de mí, aunque mi mirada es algo melancólica y mi pelo no es tan oscuro como el de él.

En aquel momento sentí una especie de alegría vengativa, me di cuenta que el muerto pude ser yo. En la morgue me sentí muy mal, sentí náuseas. Cuando un guardia me llevó ante aquella camilla metálica y descubrió su rostro, me costó reconocerlo.

Su rostro desfigurado por los golpes, no se parecía nada a mí. Cubrí su rostro con la sábana. Apreté los dientes para ahogar un sollozo. Era como verme allí tendido. Le llevé un traje. A mamá le hubiese gustado verlo así, bien vestido. El guardia me miro con tristeza.

La pesadilla había terminado. Después me hice cargo de todo. Solo yo, lo acompañé al cementerio. Alida todavía convaleciendo. Lentamente bajaron el ataúd. Allí estaban enterrados mis padres. Pensé en ellos, su sacrificio, su amor.

Tuve que ir a la cárcel para firmar unos papeles y recibir sus pertenencias. El sacerdote que iba a visitar a los presos, se detuvo algo sobresaltado.

—¿Quién eres, David el bueno o David el malo?

—¡Ah! Padre, soy “el falso yo” — continuó — quiero pedirle que rece por mi hermano...

—Eso que hiciste no estuvo bien, has podido ser tú el difunto, fue una tontería, hemos oficiado misas, le ayudaré a rezar por su alma, aunque su hermano estaba enfermo, su alma y su cuerpo estaban enfermos. Hijo mío, usted debe visitar la iglesia con frecuencia para curar su alma y orar por ese muchacho, por la salvación de su alma.

—Si padre— Una lágrima rodó por su mejilla

—Usted está demasiado afligido, la tarea de Dios, se relaciona con los hombres, con su ascenso al cielo y con su castigo en el infierno.

—Adíos, padre, gracias— y Miguel Ángel se alejó

El sacerdote, se dirigió a la pequeña capilla, donde rogó por el alma de David, después rezó por todos esos presos inocentes o culpables.

Desde que murió su madre, no había vuelto a visitar el cementerio. El cementerio General del Sur allí donde los muertos descansan. Allí donde descansan sus padres. Allí donde se anida la paz. Recordaba que cerca de su tumba estaba una ceiba con flores blancas. Buscaba el árbol y leía los nombres grabados en las lápidas.

La nostalgia y el silencio parecían perderse en el lugar. El sol parecía beberse el encanto misterioso que envuelve el aire del camposanto. Las flores adornan las tumbas con sus colores.

Aquellos que se fueron solo saben del silencio melancólico y de oscuridad. Las sepulturas esconden luto, dolor, soledad y abandono. Esculturas hermosas de mármol de Carrara, realizadas por artistas italianos, monumentos de ángeles que buscan la existencia que la soledad le niega. Miguel Ángel, las contemplaba sobrecogido.

Una tenue brisa movió las ramas. Todo silencio. La soledad de los muertos. Hacía calor, el sol parecía aspirar el aire, la vieja pared que encierra el hermoso camposanto protegía las tumbas adornadas con cruces, opulentos mausoleos con bellas esculturas que lo convierten en un museo escultórico de un gran valor patrimonial.

Atraído por no sé qué fuerza, caminó entre las tumbas y se detuvo ante un panteón donde un hermoso ángel en mármol de Carrara, parecía mirarlo tiernamente y sus alas daban la impresión que en un momento levantarían vuelo.

Sobre el mármol brillante, leyó la inscripción, dos nombres que no le decían nada. Se acercó para ver la foto. No podía comprender, Se frotó los ojos, los cerró fuerte, los abrió.

¡Eran los abuelos! Los padres de Cosette, su madre.

Vio las fechas. Su abuela había muerto tres años antes que el abuelo y él, precisamente en la fecha que David fue apresado. El retrato estaba un poco borroso; pero David le había contado lo del asalto y le dijo del gran parecido entre nosotros con él. Lo contempló e intentó reconocerse en esos rasgos que se habían ido desvaneciendo por los efectos del sol y el tiempo. Los miró una y otra vez, era como un escape hacia lo desconocido.

El abuelo, se fue sin sospechar que aquel joven, un miembro de la banda que asaltó su casa fuera el hijo de Colette, su nieto.

Se sintió desesperanzado. No supo que hacer, la tristeza lo ahogó y las lágrimas brotaron. Sentado en el filo de la tumba lloró, lloró como un niño.

Recordó la promesa truncada por la muerte que les hizo su papá de llevarlos a conocer a los abuelos, recordó aquella tarde que juntos fueron a un parque de atracciones, allí junto con su hermano David intercambiaron sueños de viajar en trenes, en aviones por algún lugar del mundo.

Dio unos pasos. Confundido, miraba las lápidas con los nombres y las fechas que habían sido doradas; sabía que cerca estaba la tumba. Es un cementerio donde las tumbas de ricos y pobres están entremezcladas.

De pronto vio lo que buscaba: la ceiba, allí, junto donde reposaban sus padres, se apresuró y acercándose bastante, apartó el monte y pudo leer el borroso epitafio con sus nombres. Dormidos en sus fosas sus padres y los abuelos no se dieron cuenta lo cerca que estaban. Vivieron tan apartados y ahora muertos tan cerca. Lloró como un desesperado.

Todo su pensamiento se desbordaba en un riguroso estanque de tristeza. Más tarde se levantó y se dirigió a la oficina del cementerio para hacer los trámites del entierro del hermano. El ruido de los carros en la calle se percibía tras la alta pared.

Entonces vio a David, con su sensibilidad de niño malcriado, desobediente, con rabieta, imponiéndose y así se le fue desarrollando la inconformidad, la ambición. Un dolor profundo lo invadió. Su mundo de malandrín, lo hundió en aquel abismo. Él le dijo una vez: “En la cárcel, el respeto hay que ganarlo.” Esta vez el respeto lo ganó la muerte.

Vino a su mente aquel día que lo visitó por primera vez en la cárcel, lo recibió con alegría, con verdadero afecto, creyó que aún no había maquinado lo de la sustitución. En realidad, no lo comprendió hasta mucho tiempo después.

Esa situación fue deslizándose gradualmente en su conciencia, comprendió que en parte fue su culpa por haber aceptado sus condiciones, por sus visitas, por callar, por quererlo, por cobarde...

Los pensamientos seguían volando tan alto como los papagallos que elevaban cuando eran niños, allá en el cerro y que el viento encespado quería unirlos, cuando se perdían en la altura. En el cielo los dos cometas con sus largas colas de colores parecían bailar. Después

cuando se unían, luchaban intentando rescatarlas, pero los hilos se rompían, y caían abatidas por el viento. Largo rato permanecían de pie, callados, sintiendo el sol abrasador sobre la piel; entonces bajaban despacio, tomados de la mano por el húmedo y resbaladizo camino. La lluvia provocaba derrumbes, otras veces dejaba una niebla densa que iba cubriendo los ranchos hasta esconderlos, eso nos hacía pensar en algo misterioso.

Tiempo después de la muerte de David, se sentía aturdido por el dolor de su desgracia, la forma como vivió, como perdió la vida, se preocupaba pensando que podía venir la policía, con el temor de sus declaraciones o que bajo algún tormento hubiese pronunciado su nombre o que aquellos policías, sus cómplices me reconocieran. ¡Y aquel dinero que Alida encontró! El temor era una constante pesadilla. Tuvo suerte que no lo mencionara. Pudo darse cuenta de lo agotadora que puede ser una emoción y que no había razón para temores; afortunadamente las mentiras y sobornos de David, no trajeron consecuencias.

Una noche soñó que David le decía:

—Tú estás muerto Miguel Ángel.

—No, tú David— ¿Cómo que yo?— me respondió

—Sí, te estamos enterrando...

Su rostro se transformó, no tenía hematomas, físicamente se veía igual a mí. Su retrato era como cuando vivía; un reflejo de mí. Di un paso atrás y mire a Alida, que lloraba como una viuda, David lo miro y sintió su odio, se acercó a ella, se abrazaron y allí quedaron los dos como estatuas, adornando un sepulcro.

Sudando, a causa del miedo se despertó. Respiraba febrilmente. Aturdido se pasó la mano por la frente que estaba cubierta de sudor. La habitación estaba caliente.

Alida dormía profundamente a su lado. Sintió gran alivio. Una especie de alegría vengativa le arañó el alma. Volvió a pensar que el muerto pudo ser él.

Silencioso salió a la calle y volvió al barrio, estuvo en la casa que fue de sus padres, la recorrió, sintiendo cada paso resonando a sus espaldas, como si su hermano lo siguiera. Desde el ventanal contempló la luminosa ciudad. Se tomó un tiempo para reflexionar sobre su vida y pensó que lo mejor era romper con todas esas situaciones y no dejar que los recuerdos lo atormentaran. Al salir, tiró la llave.

Desde aquella noche lluviosa que Miguel Ángel fue por última vez, se despidió de la fría y solitaria vivienda donde creció junto a su hermano. La niebla densa bajo del cerro, hasta cubrir las casas y hacerlas inciertas.

Los seis meses que siguieron después de la muerte de su hermano, fueron los más oportunos de su vida. En los últimos tiempos, debido a todo lo ocurrido había descuidado muchas cosas, pero ahora se sentía un hombre nuevo.

Bajo el embrujo de los oscuros ojos de Alida y su dulzura, no sabía si se había equivocado al juzgarla; su sentido práctico de la vida, era igual al suyo, pensaba en la elección a favor de ella, como la compañera predestinada. Ella y yo estábamos ligados el uno al otro para bien o para mal, y pensaba: “No sé que otros sufrimientos, me deparará la vida, pero voy a vivir lo que pueda y a pisotear ese oscuro pasado.

Ahora, en que siendo yo mismo, puedo contemplar las etapas de mi vida, comprendo que me encontraba en una etapa de pasión, quizás hasta de inmadurez. En un principio la dura enseñanza trágica de la vida en la escuela del sufrimiento. Cuantas más vueltas le doy, más extrañas parecían presentarse para mí todas las cosas, mi destino parecía colgar de un hilo.

Conoció una plenitud totalmente nueva. La amargura, los tristes y atormentadores pensamientos, parecían apartarse de su lado”.

El niño nació una noche fría, que desató todo el calor humano que un ser pueda concebir.

¡Sí existe un Dios! me decía mientras miraba embelesado aquella criatura ¡Mi hijo! Cada día descubría algo nuevo en él. Quise que se llamara David, pero Alida se opuso; dijo que temía se repitiera la personalidad de mi hermano en él y en ese momento recordé a don Ignacio Ricci, aquel hombre que llegó a ser como otro padre para mí.

Cuando lo conocí, al solicitarle empleo y le dije que mamá estaba recién muerta. Me preguntó su nombre

—“Cosette” — le dije.

Pensativo comentó: “jamás le pondría nombre de heroína a una hija”.

—En este caso ni hijo ni héroe, lo llamaremos Joaquín Ignacio, como mis padres terrenales— le dije a mi mujer.

Debo decir que don Ignacio Ricci, fue mi protector en todo el sentido de la palabra, siempre traté de compensar todo su apoyo con cariño, llenando su soledad con mi compañía, lo llevaba al médico, le llevaba las cuentas del negocio, llamaba a sus hijos y hasta le mentía diciéndole que lo habían llamado mientras dormía, entonces sonreía, no sé si por satisfacción o por duda.

Varios días estuvo don Ignacio internado en una clínica, muchas veces llamé a sus hijos. Cuando el médico le dio de alta me hizo la observación de lo delicado que se encontraba, me dio las recomendaciones sobre el tratamiento requerido. Nuevamente busque los números telefónicos de sus hijos para hacerles saber la gravedad de su padre.

Comencé por Hilda Ricci, la hija. Con un tono molesto me dijo que no tomaría el avión con sus hijos, que la gravedad de su estado,

ni sus millones, la moverán de allí, porque los niños estaban en clase y no podían interrumpirlas.

Luego el esposo tomó la bocina y dijo: — Mi suegro no debe estar en su pleno juicio para pretender que hagamos tremendo viaje y mover a los niños a través de todo el continente, debe ser un capricho, de él; ya está tan viejo...

Sin esperar más, con una tremenda decepción colgué el teléfono y procedí a llamar a los varones. Tomás Ricci, me dijo que era imposible, terminaba de pasar una neumonía y con la nevada no podía salir.

Pedro Ricci, se encontraba en ese momento contemplando el paisaje desde la ventana de su habitación, en la cúpula alta levantada hacia el cielo gris, los edificios, el parque a lo lejos bordeado de árboles; cuando sonó el teléfono, cerró el libro que sostenía en sus manos. Escuchó la voz de Miguel Ángel, portadora de la noticia.

—¡Pobre viejo! Iré, hace tanto tiempo que no lo veo. — Lo sentí angustiado llamó a su secretaria y le pidió reservará un pasaje en avión. Al amanecer estaba en Caracas.

Cuando vino a su casa, después del saludo le dije Muy amable por haber venido, siento decirle...

Enseguida lo entendió.

— Me siento muy triste, siento que lo abandoné, no pensé que podría morir, a veces los hijos no consideramos la vejez y la soledad de los viejos— y me abrazó.

Inmediatamente llamó a su hermana. El altavoz estaba encendido y pude escuchar su voz áspera y falsa.

—Me siento desolada, hemos debido ir, desde el momento en que recibimos las primeras llamadas. Pensé que viviría unas semanas más como cuando le dio el accidente cerebro vascular.

—Estoy cansado, hice este fastidioso viaje, con la intención de encontrarlo vivo. Avísale a Tomás— Colgó. Tomó en sus manos un retrato de su padre donde mostraba una mirada con un aire burlón.

Aquella tarde fría se efectuaba el sepelio del anciano. La ceremonia fue breve. Su hijo Pedro fue el único familiar directo, algunos amigos y su empleado de confianza lo despidieron. Allí quedó bajo tierra, al lado de la que fuera su esposa, quien años atrás había dejado este mundo.

A las nueve de la mañana, reunidos en aquel salón Pedro Ricci, dos testigos y los dos abogados que en vida del señor Ignacio, lo orientaron sobre el manejo de sus bienes y lo guiaron para hacer su testamento, en función de su patrimonio, registrado y notariado en el Registro Público de acuerdo a su voluntad y como lo establece la ley.

Se inició la lectura del testamento, en medio de un silencio envolvente donde parecía sentirse la presencia del difunto:

Yo, Ignacio José Ricci de nacionalidad extranjera, que adopté la nacionalidad venezolana, según consta en documento anexo, mayor de edad, de estado civil viudo, titular de la cédula de identidad número 746388, actuando en este acto, en mi propio nombre y derechos, por el presente documento declaró: en pleno uso de mis facultades intelectuales y en capacidad legal para testar por el presente documento formulo mi testamento en los siguientes términos.

Primero: Que he profesado la religión católica, apostólica y romana, bajo cuyo amparo he vivido.

Segundo: Que mis padres legítimos, ya fallecieron según consta en actas de defunción.

Tercero: Mi estado civil es el de viudo, casado con Glenda Josefina Martínez, quien falleció, según consta en acta de defunción.

Cuarto: pido a mis nombrados herederos, ya identificados que acepten mi última voluntad.

Quinto: Hago constar que los bienes, muebles, inmuebles, cuentas bancarias aquí testados fueron habidas por escrituras protocolizadas en las oficinas Subalternas del Registro antes identificadas y en las fechas citadas.

Sexto: Hago constar que, hasta la fecha, no he otorgado ningún otro testamento y si alguno apareciera como mío, lo declaró nulo y sin ningún valor.

Al finalizar, los abogados descifraron una clausula donde expresaba el afecto que sentía por el ciudadano Miguel Ángel Landa, con cédula de identidad número 2164641, hombre honesto, incapaz de cogerse un céntimo, que me brindó apoyo y cariño como el hijo que hubiese querido, por eso en pleno conocimiento de mis facultades he decidido incluirlo en este testamento, además de otros bienes que se repartirían entre mis descendientes. La tienda de Antigüedades y el apartamento ubicado en la segunda planta ubicado en Altamira, específicamente, serán para él, le he enseñado todo sobre el negocio con la plena seguridad que sabrá salvaguardar los bienes que le otorgo.

El testamento rezaba en su última parte: “Solo los presentes figuraran como herederos”: Habiéndose cumplido las formalidades de la fracción testamental. Reunidos hoy, y conociendo el testamento en un acto por el cual el testador Ignacio José Ricci, quien falleció el día tres de mayo de mil novecientos sesenta y dos, se hace la lectura de su última voluntad en relación al destino de sus bienes, considerando el artículo 833 del código civil.

Cumpliendo con las formalidades establecidas en el momento de este acto, se procede a firmar.

Don Ignacio Ricci, había distribuido generosamente sus millones.

Así se lo hizo saber Pedro Ricci, a sus hermanos, con ese sentido del que da una noticia sensacional.

—Tengo malas nuevas que comunicarte hermana.

Ella con voz irritada, que después se tornó en cólera le dijo al esposo — Hemos podido ir. El rostro del hombre se transfiguró.

Tomás Ricci, molesto le preguntó al hermano si se podía impugnar el testamento, algo se podía hacer, era injusto que ese fulano, pobretón heredara.

—Ya lo explicó uno de los abogados que estuvieron presentes “que se tomaba en cuenta la voluntad del testador, es decir de papá y mencionó algunos artículos... mmm recuerdo el 955 del código civil, una serie de cosas, habló de nulidad parcial, que solo afecta una o varias cláusulas, que si los beneficiarios al no estar presentes no hicieron valer sus derechos. Además, papá previó una sanción a quien incumpla su voluntad.

—Bueno yo no pude asistir y tengo como probarlo con una certificación médica.

—Tomás, le hice saber eso al abogado y me respondió con frialdad que, no estar presente es una forma de que el heredero renuncie, que el señor Ricci plantó su voluntad en una forma muy clara, para que se hiciera efectiva a su fallecimiento— papá premeditó muy bien las cosas

—Tiene que haber algo...

—Todo está en regla he repasado el testamento, buscando algo en que fundamentarme y no hay ninguna evidencia para ello. Papá lo supo hacer y con bastante anticipación. Debemos aceptar que fuimos bastante desprendidos, que no nos comportamos como verdaderos hijos

—Lo dices porque saliste beneficiado, yo no fui estuve muy mal y aún me siento débil, sigo pensando que papá no ha debido, es injusto— Molesto y sin despedirse, tiró el auricular.

Un rato después volvió a llamar Hilda, expresando su inconformidad y tratando de justificar su ausencia. Pedro tuvo que dar las mismas explicaciones que le dio al hermano y hasta recordó que le

habían dicho que revocar un testamento podía llevarse en el proceso un tiempo de unos cinco años. Enfurecida Hilda dijo: “ coño e’ la madre” y tiró el teléfono.

Aquel viejo me honraba con su confianza. Me sorprendió saber que me reconocía como veterano de antigüedades, por lo que no pudo prescindir de mis servicios, ni aún después de muerto, y me dejaba aquel negocio como herencia, pues nadie lo sabría mantener. Había tanta convicción en sus palabras que lo acepté dispuesto a cumplir su tarea, a obedecerlo.

Me sentí confundido, asombrado.

Aparté la mirada del abogado. Tragué saliva, carraspeé. Las manos me temblaban y después de firmar donde se me indicó salí de prisa, antes de que me brotaran las lágrimas de los ojos.

Estos recuerdos le traían una fragancia suave de tristeza, la sencillez de aquel hombre, le hacían sentir más hermosa su vida actual. Ha transcurrido el tiempo, la vida se desliza plácida sin contratiempo alguno. Los meses que siguieron han sido los más felices, después de la muerte de David.

En los últimos tiempos, debido a todo lo ocurrido, había descuidado mis estudios, mi trabajo, pero ahora me siento renacer de nuevo, bajo el embrujo de los oscuros ojos de Alida y su dulzura descubrí un nuevo aliciente.

Ya no tengo miedo a que la policía me busque, ¡Qué bueno que mi hermano no me delató! y aquellos policías que lo encubrían creó que no se atreverán a decir algo, pues se verían seriamente comprometidos.

También soy dichoso en mi trabajo, obtuve el título de licenciado en Historia del Arte, lo que me da mayor seguridad y conocimiento en el área que corresponde a los objetos antiguos de los que soy un investigador apasionado y puedo considerarme capitalista dentro de mis modestos medios heredados de don Ignacio. Deseché el temor

que sentía por aquel dinero que dejó mi hermano, aunque a veces una secreta vergüenza me invade. No es cosa de mi gusto pensar en esto, pero siento que de alguna manera compensó esos momentos en que me arriesgué tanto por él, y nunca deja de asaltarme la horrible idea de que no le importaría dejarme en la cárcel y que me mataran.

El pequeño Joaquín Ignacio crece en el apartamento que me dejó el señor Ignacio en Altamira, sin problema alguno y llena de alegría nuestras vidas, nos sentamos juntos a contemplarlo correteando tras la pelota en el parque. Alida con el sentido de protección ni me escucha. Teme una caída.

Con frecuencia, caminamos por la plaza La Francia en Altamira. Disfrutamos la brisa fresca del cerro El Ávila, mientras el silencio se rompe con la algarabía de las bellas y coloridas guacamayas que cruzan el cielo azul.

El falso yo
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Marzo de 2026





El falso yo es una novela que nos conduce, a través de su apasionante trama, a una encrucijada donde un torbellino de emociones, vivido por unos hermanos morochos, marcados por un destino fatídico, será el escenario para desarrollar este vibrante relato. Esta novela nos invita a reflexionar sobre la cotidianidad de la Venezuela de finales del siglo XX. Allí, un barrio caraqueño será el marco perfecto donde se cuenta parte de lo que fue aquel país que ya no está. Una historia que nos atrapa y en la que el lector querrá seguir leyendo vertiginosamente hasta la última página.

OLIDE MÁRQUEZ (Valera, estado Trujillo Venezuela)

Es profesora de Lengua y Literatura, egresada de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Ha participado en diversos talleres de narrativa, poesía y literatura infantil en la Casa de Las Letras Andrés Bello. Forma parte de la Sociedad de Poetas Andrés Eloy Blanco desde el año 2015. Es autora de tres libros de cuentos: *Días de quema* (2011) y *Batallas invisibles* (2016), publicados a través del Sistema Nacional de Imprentas Apure; y *Lo contaban los abuelos*, también lo cuento yo (2025), publicado en la Editorial El perro y la rana, sistema de editoriales regionales.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA